

## **SANTA MARINA, LUYS, Vida de Isabel la Católica,**

**I.G. SEIX Y BARRAL HNOS., "Vidas de Mujeres Ilustres" Barcelona, 1931**

### **VIDA DE ISABEL LA CATÓLICA**

---

#### **CAPITULO PRIMERO**

##### **Hacia el Trono**

###### **1. INFANCIA**

Madrigal de las Altas Torres yérguese en una llana batida por los vientos. En los días buenos se alcanzan a ver, hacia el Norte, los torreones de la Mota de Medina del Campo. Son los dos hitos de la vida de Isabel de Castilla: allí nace, 22 abril 1451; allí muere, 26 noviembre 1504.

En Madrigal se casaron sus padres y allí pasó sus primeros años con su madre, Isabel de Portugal, y su hermano menor, Alfonso.

Vivían pobremente en "los Palacios" que, pese al título, eran sólo un caserón destartalado, y por incuria de su medio hermano Enrique IV, que ocupaba el trono desde la muerte de Juan II (quien los tuvo a los tres, Enrique, Isabel y Alfonso, de dos matrimonios diferentes), llegó a faltarles casi lo necesario; ya se sabe: medio hermano, remiendo de mal paño. Desde muy niña, su madre tenía la razón perturbada, tuvo que gobernar la casa y cuidar de la enferma y de su hermanillo.

Tiempo después pasó con los dos a la villa de Arévalo -propiedad de su madre- un poco más al Este, también en tierra de Avila, fría, árida, tierra de cantos y de santos, como dice el refrán, y aun más empobrecida por las guerras civiles.

Poco se sabe de esta época de su vida: era una niña seria, callada, un poco triste, que hilaba en el torreón del castillo, junto a un ventanal, viendo correr el río Adaja, mientras cantaba viejos romances con voz muy hermosa. Alguna vez, de Pascuas a Ramos, danzaba con gran primor.

Entretanto, Enrique se distraía con cacerías y fiestas y gobernaba por sí mismo a ratos, pero las más de las veces entregado a sus favoritos, el marqués de Villena o don Beltrán de la Cueva.

Segovia era su ciudad predilecta y allí vivía de continuo, rodeado de su guardia mora, vestido a la morisca, y cuando no andaba de montería por los bosques, tañía dulcemente el laúd, pues era gran músico y todo triste canto le daba deleite.

Casó por segunda vez con doña Juana, hermana de Alfonso V de Portugal, una de las mujeres más bellas y elegantes de su tiempo. Por entonces llevó a sus hermanos a la corte, desde Arévalo, pero dejó allí a su madrastra.

Andando el tiempo, la reina doña Juana tuvo una niña; bautizáronla con el nombre de su madre e Isabel fué la madrina. Es la conocida en la Historia con el remoquete de "la Beltraneja".

Al querer el Rey la prestasen los nobles juramento de fidelidad, se negaron éstos alegando ser la princesa hija de don Beltrán de la Cueva, y proclamaron príncipe heredero, y luego Rey, en Avila, a su hermano el infante don Alfonso,

dando ello origen a una guerra civil que sólo terminó con la muerte de éste, probablemente envenenado, cuando tenía catorce años.

Isabel, que estaba a su lado, retiróse entonces al monasterio de Santa Ana, de Avila.

Allí fueron los nobles a ofrecerle la corona. Rechazó e influyó para volverles a la obediencia del Rey legítimo, quien, agradecido, reconocióla por heredera del reino, mediante el pacto celebrado junto a los llamados "Toros de Guisando".

## 2. PROYECTOS MATRIMONIALES

Don Juan II dejó por dote a Isabel un arca llena de oro y la villa de Cuéllar. Dejóle también algo que vale más: una gran hermosura y un extraño agrado que captaba todas las voluntades. No es, pues, raro que abundasen los pretendientes. Y si a esto se añade la razón de Estado o la conveniencia, que es lo mismo, mejor que mejor.

Primero fué Carlos, príncipe de Viana, hijo de Juan II de Aragón ; más tarde Alfonso de Portugal, viudo y con veinte años más que ella. Éste fué el más difícil de deshauciar, pero Isabel era hábil: se apoyó en las leyes de Castilla, que prohibían a las infantas contraer matrimonio sin el beneplácito de los nobles del reino.

Pero aun quedaba otro: don Pedro Girón, maestre de Calatrava, hermano del marqués de Villena. Era un pájaro de cuenta, libertino y depravado, y dueño, además, de grandes riquezas. En las treguas de la guerra, con la anuencia de Enrique IV y buen golpe de lanzas y dineros, partió de Almagro para casar por la fuerza con la Infanta. Isabel, cuando lo supo, pasó un día y una noche en oración y ayuno, pidiéndole a Dios la muerte del Maestre o la suya, para que así no pudiera realizarse la boda. Y al parecer la oyó don Pedro, en medio de su cabalgada, murió de un mal repentino en Villarrubia, cerca de Ciudad Real, blasfemando porque no le daba el Señor cuarenta días más de vida. De una forma o de otra tenía que morir: en la cámara de Isabel le aguardaba Beatriz de Bobadilla, con intención de apuñalarle. Era gran amiga de Isabel, más vieja que ella, alta, morena, varonil, con leve bozo sobre el labio.

Princesa heredera ya, arreciaron los pretendientes: haya trigo en el palomar, que no faltarán palomas que lo vengán a picar, como dice el refrán. Carlos, duque de Berri, hermano de Luis XI y presunto heredero de Francia; dos príncipes -a elegir- hermanos de Eduardo IV de Inglaterra; Alfonso V de Portugal, calabaceado en el primer intento, y el flamante rey de Sicilia don Fernando, hijo de Juan II de Aragón.

## 3. "FLORES DE ARAGÓN"

Rey Fernando, el último en llegar, fué el que ganó la palma, porque en los lances de amor, como en las cosas de caza, unos levantan la liebre y otros la llevan a casa. Era once meses más joven que ella, gallardo, hermoso, formado en la guerra, con los ojos claros, el pelo negro, la color rosada y lleno de alegría y optimismo, "el mejor mozo de España", en suma. Era, además, del parentado: primo de Isabel por parte de su madre doña Juana Enríquez, hija del almirante don Fadrique y por si algo faltaba, era también el favorito de los castellanos. Hasta los niños, cabalgando en sendas cañas, cantaban:

*Flores de Aragón*

*dentro en Castilla son,*

y tremolando banderas con los timbres aragoneses, gritaban a voz en cuello:

*¡Pendón de Aragón, pendón de Aragón!*

Salieron adivinos los chiquilicuatro: las flores de Aragón prendieron en Castilla, y aguiluchos y barras juntáronse a castillos y leones, pero costó harto trabajo, que a buen bocado, buen grito.

#### 4. IDAS Y VENIDAS. EL COLLAR DE BALAJES.

Cumpliendo los acuerdos de Guisando, moraba Isabel en Ocaña, vigilada de cerca por el marqués de Villena. Fué por entonces cuando se intentó el segundo arreglo matrimonial con Alfonso V. Se opusieron la Princesa y los nobles, sus devotos, y quedó una vez más en agua de cerrajas, con gran disgusto de rey Enrique, que en vista de ello escribió al Padre Santo pidiéndole no confirmase el acuerdo de Guisando, autorizado por el Nuncio y jurado por el Rey, rodilla en tierra y la mano sobre los Evangelios; pero este Rey, y otros muchos, era como el escudero de Guadalajara, que de lo que prometía a la noche, no había nada a la mañana.

Entretanto, los partidarios de Fernando no dormían, y mosén Pierres de Peralta, emparentado con el arzobispo Carrillo, y sus gentes, iban y venían con secretes y mensajes... (Por cierto que mosén Pierres estuvo en un tris de ahogarse por querer vadear a destiempo el Tajo, pues era hombre que no se paraba en barras y muy testarudo.)

Isabel, sin contar con nadie, mandó a su capellán Alonso de Coca a informarse de las condiciones físicas y morales de los dos pretendientes más viables: su primo Fernando y el duque de Berri, su matrimonio con el cual venía a proponer a don Enrique, en nombre de Luis de Francia, el cardenal de Arras con un vistoso cortejo. Le tropezó en Córdoba y al primer discurso le convenció y, por si era poco, hizo publicar guerras contra Inglaterra, que a la sazón sostenía con Francia la después llamada "Guerra de los Cien Años". Con ello se disiparon los proyectos de matrimonios británicos de Isabel.

Viendo ésta cuán en peligro estaba su libertad de casamiento, aconsejada por sus parciales, huyó de Ocaña a Madrigal, residencia de su madre.

El berrinchín del egregio hermanastro fué mayúsculo, tanto que mandó prenderla al arzobispo de Sevilla, Alonso Fonseca, que estaba en su castillo familiar de la villa de Coca. Acorriéronla Alonso Enriquez, nieto del Almirante Mayor de Castilla, y el arzobispo de Toledo, venidos a toda prisa con sus mesnadas. No llegó la sangre al río, a Dios gracias, y la Princesa quedó libre por entonces.

A visitarla fué a Madrigal el cardenal de Arras, pero antes que él llegó Alonso de Coca con los informes esperados: resultó de ellos que el duque de Berri era medio ciego y desgarbado; por contra, ya se ha hablado del buen ver de don Fernando. La Princesa oyó sin pestañear el discurso del prelado, pródigo en razones elocuentes y muy de corte, y respondió lo de siempre: que las leyes del reino le impedían aceptar matrimonio sin el beneplácito de los nobles. El Cardenal, tras aquella cortesía, vió una repulsa, y vió bien. Se enfadó. Se enfadó rey Enrique... pero la Princesa y los suyos, pensaron ya sin ningún linaje de dudas en el enlace aragonés.

Y como si mosén Pierres no se paraba en barras, Alonso Carrillo tampoco, ofrecieron por si y ante si, como dote a la novia -en nombre de Fernando- cuarenta mil florillé y un famoso collar de balajes -especie de rubíes -joya histórica de la Casa de Aragón. No estaba mal, salvo que no había collar ni florines. El uno paraba en Valencia como prenda de grandes sumas pedidas a préstamo por el rey don Juan para las atenciones de la guerra contra Francia, y en cuanto a la moneda, baste

decir que para pagar las costas del cerco de Perpiñán, tuvo que vender su manto de armiños. Fracásó, pues, el primer intento; pero al segundo, la alhaja y los dineros vinieron a Castilla: ambos los había obtenido don Fernando en Valencia con derroche de buenas razones, ya que no tenía otra cosa.

## 5. LA BODA. MUERE REY ENRIQUE

En septiembre de 1469 se trasladó Isabel a Valladolid, que era ciudad para ella más segura. Moraba en casa de Juan de Vivero, cuya esposa era sobrina del arzobispo Carrillo. De allí escribió a Enrique avisándole su próxima boda con Fernando de Aragón. El Rey, según costumbre, dió la callada por respuesta.

Y como a Dios rogando y con el mazo dando, se despacharon emisarios que avivasen la venida del Príncipe, y éste no se hizo de rogar.

Hubo que recurrir a astucias, pues los parciales del Rey cerraban la frontera aragonesa. Se propaló la voz de que Fernando partía a socorrer a su padre, que guerreaba en Urgel y, en efecto, salió de Zaragoza con gran alarde bélico, pero a poco separóse de la hueste y penetró en Castilla con cuatro servidores, disfrazados de mercaderes y haciendo Fernando de mozo de mulas.

Tanta fué su prisa, que llegaron al Burgo de Osma, donde les esperaban sus amigos, la víspera del día anunciado. y se cumplió aquello de no por mucho madrugar amanece más temprano; la noche estaba fría y hallaron cerradas las puertas de la muralla, y como el Príncipe -con su disfraz de arriero- se adelantase como para escalarla, uno de los guardas le arrojó a la cabeza un pedrusco de gran tamaño, que por fortuna no le acertó, y dió grandes voces de alarma. Acudieron los amigos de don Fernando al alboroto y, reconociéndole, salieron a recibirle con trompetería y antorchas.

A Fernando no se le cocía el pan de impaciencia por ver a su novia y, sin entrar en la villa, siguió hasta Gumiel de Izán. Descansó allí y para mayor seguridad trasladóse a Dueñas, donde empezó a ser aclamado por el pueblo y los grandes como próximo príncipe de Castilla.

La noche del 14 de octubre fué a escondidas a visitar a Isabel. Pudo entrar sin ser visto en casa de los Vivero, pues estaba enclavada en la muralla y tenía un portillo al campo. Dos horas duró la visita y el Príncipe retornó a Dueñas con el mismo sigilo con que viniera. Cinco días después (19 octubre 1469) se casaban entre el júbilo del buen pueblo de Valladolid, júbilo que cuajó en una semana de fiestas y regocijos.

Como los desposados eran primos, se precisaba dispensa papal; leyó el arzobispo Carrillo bula de Su Santidad Pio II dispensando el impedimento; la tal bula era apócrifa -el Primado no se paraba en barras- y dos años más tarde Sixto IV, con nueva bula, legalizó el enlace y levantóles la excomunión en que habían incurrido. Por cierto que fué el mismo Carrillo el encargado del negocio.

Vemos que a la larga se arregló por las buenas el asunto, pero a la corta los contrarios de los Príncipes cogieron la ocasión por el copete y persuadieron al Rey de que anulase lo pactado en Guisando, pues su hermana sé había casado sin su consentimiento... y el Rey se dejó persuadir.

Como consecuencia de ello, reconocía por legítima heredera de sus reinos a su hija doña Juana, y trató con el cardenal de Arras, que aun andaba por tierras de Castilla -las cosas de palacio van despacio -, sus desposorios con el duque de Berri, y rotos éstos por el francés, con el novio eterno, su tío Alfonso de Portugal, que al fin se llevó el gato al agua y se casó con ella, como se verá más adelante.

Nobles y pueblo estaban divididos; ciudades y linajes pasaban de una parcialidad a otra, pero la prudencia sagaz de los Príncipes evitaba una abierta ruptura.

Al fin se habló de avenencia: el Rey pedía poco: trato de tal mientras viviera; en una palabra, que le dejasen tranquilo. Tras muchas idas y vueltas, hubo una entrevista de ambos hermanos en Segovia: fué cordialísimo y como si nada hubiese pasado.

Menudeó Enrique las atenciones públicas para con Isabel y ésta correspondióle con constantes extremos de acatamiento. Quiso conocer a Fernando, quien, a la expectativa en Turégano, acudió en seguida. Ambos cuñados derrocharon finezas y buenas palabras, terminando la fiesta en gran almuerzo en el alcázar. Tuvo la cabecera de la mesa Enrique, y más bajo los Príncipes. Terminado el yantar hubo danzas y músicas hasta la cena, tan excelente como la comida.

Pero ocurrió un percance que vino a aguar la fiesta. No bien alzados los manteles, se sintió el Rey malo del costado y hubo que llevarle al palacio.

Curó pronto, pero su salud resintióse desde entonces. Desordenado e inconstante, era su propio verdugo. Finando el otoño, tras el sitio de Fuentidueña, en una de las endémicas banderías, tuvo un súbito flujo de sangre. Creyó se curaría con la vista de las fieras de sus bosques del ardo y, en cuanto pudo, bien que mal, montó a caballo. Quimera del caprichudo cazador que siempre fué: no pudo legar, el 10 de diciembre se refugió, dando casi las boqueadas, en el alcázar de Madrid y tendió se vestido en el lecho. Dos días después, al amanecer del 12, moría.

(En dos meses le había precedido su favorito el marqués de Villena, como si fuera su aposentador de camino n el viaje del que no se vuelve.)

## CAPITULO II

### **La Corona y el "Tanto monta"**

#### 1. A REY MUERTO, REY PUESTO

Se murió rey Enrique quien, como el famoso don Lope, ni fué miel ni hiel, ni vinagre ni arrope, y si le desdeñaron en vida, mucho más tras la muerte. Lleváronle a Guadalupe cumpliendo su voluntad, y le enterraron modestamente, sin epitafio ni señal alguna y con el tiempo se perdió por completo la memoria del lugar donde estaba. (Pareció un siglo y pico después revolviendo unas tumbas, y le reconocieron por estar momificado su cuerpo.)

En cuanto se supo el suceso -el mismo día- se reunieron los segovianos en el atrio de la iglesia de San Miguel, lugar de sus concejos, acordando enviar un legado a doña Isabel que le testimoniara a la vez el sentimiento por la muerte del Rey y la alegría de su sucesión.

Al día siguiente (13 diciembre 1474) levantóse un túmulo enlutado, que bien pronto cedió plaza a un tablado alegremente cubierto con los colores reales. Allí fué aclamada Isabel por reina de Castilla, con la pompa pintoresca del tiempo. Y el voto de Segovia pesaba mucho entonces, pues era una ciudad muy industrial y rica, en la que no faltaba el elemento popular levantisco -como luego se verá- muy al tanto de la cosa pública, cuyo nervio eran los pelaires (tejedores), quisquillosos defensores de las franquicias ciudadanas y -no quita lo cortés a lo valiente- amigos de comer y beber a trisca pellejo y famosos cantores de romances del género épico: del rey don Pedro, de don Alvaro de Luna, de don Sancho sobre Zamora, etc., capaces por si el

soldán de Persia tenía o no más poder que el Gran Turco, verbigracia, de liarse a linternazos con quien fuese, tan peleadores eran y tan al cabo de la calle estaban de los más remotos negocios.

Como se ve, fué mucho más la risa que el llanto, pues, tan malquisto era allí el rey difunto, que porque su hermana quiso manifestar públicamente una tímida tristeza protocolaria, enemistóse el pueblo con ella y sus gentes y les duró el enfado varios días.

## 2. LA PRIMERA NUBE

Don Fernando estaba en Aragón y no pudo llegar hasta días después (2 enero 1475) y fué proclamado Rey en el mismo lugar y con el mismo ceremonial. Pero entre fecha y fecha los cortesanos habían metido cizaña, y sé creía postergado por su esposa, que se coronara primero.

Tanto más que existía un cierto fundamento legal a su favor, pues muerto Enrique IV sin sucesión masculina, correspondía la herencia a la Casa de Aragón segundona de la de Castilla. Tal tesis sostenía un jurista zaragozano famoso por aquel entonces, Alfonso de la Caballería, y tanto se agriaron los ánimos, que Fernando quiso dejar a su esposa y marcharse a su tierra. Isabel le propuso un arbitraje de hombres buenos. Eran éstos el cardenal Mendoza y el arzobispo Carrillo, ambos más inclinados al monarca que a la Reina.

Se efectuó la vista con lucido concurso de leguleyos, y durante ella con tan hábiles argumentos combatió Mendoza los asertos de Alfonso de la Caballería, que removió sus convicciones en muchos puntos. Dictóse el laudo: los nombres de ambos Reyes figurarían en todos los documentos, monedas, sellos, etc., precediendo el de Fernando al de Isabel; por contra, las armas de Castilla y León precederían en los escudos a las de Sicilia y Aragón; los homenajes de las fortalezas continuarían se haciendo a la Reina como se hacían hasta la fecha; las rentas de los Estados de ésta, una vez cubiertos todos los gastos, serían comunes a ambos esposos, e igualmente las de las tierras del Rey.

Al enterarse del fallo, los partidarios de Aragón pusieron el grito en el cielo, y por poco pegan a Alonso Carrillo, acusándole de tibieza y desafecto hacia su causa; el arzobispo, que era de pocos aguantes, se puso hecho una furia, se enfadó con los Reyes, que consentían tales desacatos a su persona, y se fué de Segovia malcontento.

Fernando insistió en marcharse a Aragón, pero Isabel le contuvo, -cuenta Marineo Sículo- con un argumento de a folio: ambos tenían muchos primos y una sola hija la princesa Isabel (había nacido en Dueñas en 1470); fallar el pleito a favor de Fernando equivalía a desposeerla de la corona. ..Con ello y los halagos y cucamonas que son de suponer, el hombre se dejó ablandar, y en pugna de cortesías, ambos daban siempre preferencia a la opinión del otro: "tanto monta", lo mismo daba, todo era de los dos...

Así nació el mote famoso que Nebrija asonantó en los pareados: "Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando."

## CAPITULO III

### **Guerra de Sucesión**

#### 1. OTRA BODA, y GUERRA EN PUERTAS

Poco tardaron en resolverse las diferencias matrimoniales, pero no así la situación del reino. A la proclamación de Segovia respondieron los nobles descontentos con la rebelión. Eran pocos, pero de los más poderosos: el hijo del marqués de Villena, menos hábil pero más intrépido que su padre, el duque de Arévalo, el marqués de Cádiz, el maestre de Calatrava y el arzobispo Carrillo, enojado con los Reyes por el creciente favor que con ellos alcanzaba el cardenal Mendoza.

Pidieron ayuda a Alfonso V de Portugal, el "Rey Caballero", el "Africano" y el "Animoso", que títulos no le faltaban. Ofreció Villena entregarle a doña Juana "la Beltraneja", pues pasó a sus manos al morir su padre el Marqués viejo, que la tenía en rehenes. Aceptó el Rey, y tras exhortar al de Francia a que entrase por Guipúzcoa, invadió Extremadura (mayo 1475).

Ganó Plasencia, y allí se le unieron el duque de Arévalo, el marqués de Villena, quien le entregó a la ofrecida doña Juana, y celebráronse seguidamente los esponsales, despachando aprisa enviados a Roma para lograr la dispensa matrimonial, ya renglón seguido se proclamaron reyes de Castilla. Era, claro está, un matrimonio de conveniencia este de tío y sobrina: tenía él casi cuarenta y tres años y ella trece.

Dirigiéronse desde allí a Arévalo, donde entre fiestas se aguardó la venida de contingentes castellanos. Rindiéronseles Zamora y Toro, pero el castillo de ésta siguió defendiendo el pendón de los Reyes.

## 2. GANANDO AMIGOS. EI REAL DE TORO

Procuraban éstos a toda costa ganar amigos y levantar gentes: repartieron a manos llenas las mercedes entre los nobles sus parciales, instigaban una y otra vez a los remisos a acogerse a su bando, y hasta -la necesidad tiene cara de hereje- se allanó Isabel a ir a Alcalá de Henares a visitar en su propio palacio al arzobispo Carrillo, para amistarse de nuevo, olvidados rencillas y descontentos, y rogarle disuadiese a Villena de sus propósitos.

Se puso en camino y hasta a Alcalá no para a no advertirle el Arzobispo que si ella entraba por una puerta de la villa, él saldría huyendo por la otra. Enojóse la Reina, pero como el viaje estaba hecho, se dirigió a Toledo, de donde expulsó a los rebeldes, dejándola pacificada por entonces. (Siempre quiso mucho a Toledo; la tradición recogió el elogio que invariablemente hacía cuando le ponderaban cualquier otra ciudad: " Si tan fuerte, no tan grande; si tan grande, no tan fuerte.") Desde allí tomó providencias para asegurarse a Murcia y las Andalucías.

De regreso a Tordesillas, organizó junto con su marido un ejército más brillante que sólido, que crecía como la espuma: cuatro mil hombres de armas, doble número de jinetes, treinta mil peones...

Acampó don Fernando cerca de Toro, donde estaban los portugueses sin haber podido aún tomar el castillo. Hubo algunas escaramuzas, pero por rivalidades más o menos veladas entre los grandes, se disolvió la hueste. Faltábale, cierto es, artillería y pertrechos para intentar la conquista de la plaza. Se emprendió, pues, la retirada que hubiera sido un desastre si el enemigo les echa encima la caballería.

## 3. EL PRIMADO AMENAZA Y LA CLERECÍA ACORRE

Rindióse al eco de la mala nueva la fortaleza de Toro, y lo que fué peor, el arzobispo Carrillo, liándose la manta a la cabeza, se pasó a los portugueses con quinientas lanzas, y dijo la frase famosa dirigida a la Reina: "Yola he sacado de hilar y yo la tornaré a la rueca."

No se desanimó Fernando, y con las gentes que le quedaban marchó a reducir el castillo de Burgos, que defendía el segundón del duque de Arévalo. Era un negocio grave, por la importancia de la fortaleza y por el temor de una invasión francesa hacia Guipúzcoa, única frontera castellana con el vecino reino.

Costó mucho tiempo y un sitio riguroso, en el cual don Alfonso de Aragón, medio hermano del Rey, empleó artillería de potencia nunca vista hasta entonces.

El "Animoso", a quien pidieron una y otra vez auxilio los sitiados, acudió a dárselo, pero Isabel situóse sobre Palencia y con tanta habilidad manejó sus soldados, que le obligó a retroceder. De por ese tiempo es una leyenda que se cuenta de la Reina.

Quería persuadir a su esposo del desacierto de una jornada que intentaba emprender contra su consejo, y volviendo los ojos topó con unas malvas en medio de la senda que seguían, y mirándolas, dijo:

-Señor, si el camino donde sólo están malvas nos hubiera de hablar, ¿qué nos dijera?

Respondió el Rey: -Vos lo sabréis, señora.

Entonces díjole la Reina: -Claro es, siendo las malvas lengua suya, no podría decirnos otra cosa sino mal vas.

Fernando volvió las riendas, sonriendo:

-No entendí sabían las malvas hablar tan a propósito y tan bien -dijo.

No sólo con las armas trabajaba la Reina; convocó Cortes en Medina del Campo y, dada la pobreza en que se hallaba el reino, pidió a la clerecía la mitad de la plata de los templos, comprometiéndose a pagarla en tres años. El clero accedió gustoso, y aun dispuso los escrúpulos de Isabel con citas de los libros santos que autorizaban el préstamo.

De esta forma hubo dinero para la guerra. Además, como también sabía intrigar cuando quería, consiguió del alcaide de las torres y puente de Zamora promesa de entregarlos, y avisó a Fernando saliese de tapadillo de Burgos- haciendo creer estaba enfermo en su cámara- y se presentase de improviso en Zamora. Como lo mandó se hizo, y en diciembre apareció ante la ciudad con un grupo de nobles..

La actitud hostil de los zamoranos y la entrega de las fortificaciones dichas desanimaron tanto al "Animoso", que se retiró a Toro. Dueño de Zamora, se dispuso Fernando a combatir el castillo, en el cual María Sarmiento, que era de armas tomar, resistió con las gentes de Portugal.

#### 4. "SI NO VINIERA EL POLLO, PRESO FUERA EL GALLO."

Decepcionado por el revés, quiso Alfonso hablar de paces: pedía Toro, Zamora, el reino de Galicia y algún dinero. No fué posible entenderse, pues Isabel, si transigía en lo de la moneda, no quería perder ni una almena. Fracasado el intento, el portugués ordenó a su hijo don Juan viniera a ayudarle con cuanta gente de armas pudiese. Así lo hizo con ocho mil infantes y dos mil caballos (febrero 1476).

Atacó entonces la ciudad de Zamora con ánimo de recobrarla, y mientras los castellanos hostilizaban la fortaleza con bombardas, los portugueses batían con su artillería las torres del puente.



Así pasaban días y días en situación difícil para los dos reyes, que eran a la vez sitiadores y sitiados; Alfonso, viendo su posición comprometida, retiróse sigilosamente hacia Toro la noche del primero de marzo, cortando el puente por un extremo.

Dificultó algún tanto la persecución el estropicio, pero una vez reparado, pasaron el río los castellanos, topando con las falanges portuguesas que ordenadamente se retiraban en el lugar llamado Peleagonzalo, entre Toro y Zamora.

Fué un encuentro muy duro, pues ambos reyes se jugaban la carta decisiva. Al principio el heredero portugués logró desbaratar a cuatrocientos jinetes castellanos, pero rehechos éstos, y animados todos por el ejemplo del cardenal Mendoza, que se metió entre las escuadras del Príncipe, gritando: "Traidores, aquí está el Cardenal!", se volvieron las tornas y los portugueses cedieron. El primer duque de Alba les dió el golpe de gracia con una salvaje arremetida, y sólo quedó el príncipe don Juan, que aun hacia frente con un puñado de leales.

Don Fernando no quiso acometerle por ser ya muy de noche. Mandó nuevas a Isabel, que estaba en Tordesillas; cuéntase que ésta dijo, aludiendo al socorro y al coraje del heredero portugués: "Si no viniera el Pollo, preso fuera el Gallo", y en adelante siempre le llamó "el Hombre".

## 5. LA "BRAVA HEMBRA"

Aunque los portugueses se atribuyeron el triunfo de la jornada, ello fué que se entregó el castillo de Zamora, desanimáronse y desertaron los partidarios -hasta quedarles casi sólo Villena y Carrillo -y el Príncipe retornó a Portugal con cuatrocientas lanzas, llevando consigo a doña Juana. Hubo algunas escaramuzas por ambas partes y se convino en una especie de tregua durante seis meses, aprovechándola Fernando para acudir a Fuenterrabía, ante cuyos muros se habían estrellado dos veces los franceses a las nuevas de su llegada, retiráronse a Bayona.

En Castilla, guiados por Isabel, iban bien los asuntos; de día en día ganaba la obediencia de nuevos vasallos y ciudades: Madrid, Atienza, Baeza, Huete... Sólo un contratiempo les acaeció por entonces. El pueblo de Segovia, azuzado por el Obispo y los nobles, habíase sublevado contra Andrés de Cabrera, alcaide del alcázar, y eran dueños de casi toda la ciudad y aun de parte de la fortaleza, donde estaba la princesita Isabel al cuidado de la Bobadilla, mujer de Cabrera.

La Reina estaba en Tordesillas y partió inmediatamente para allí, seguida de unos pocos amigos.

Entró en el alcázar, al que acudió el pueblo en tropel pidiendo abrieran las puertas. Las gentes de su séquito temieron, pero ella, dejándoles en los pisos superiores, descendió sola al patio, mandó abrir las puertas, y un escudero adelantóse sin armas y gritó: "¡Amigos, la Reina manda que entréis cuantos aquí venis!".

Precipitáronle tumultuosamente en el patio, mas al verla sola, confiada en su lealtad, descubriéronse y cayeron de rodillas, y ella con voz tranquila díjoles expusiesen su queja.

Pidieron entonces la destitución de Cabrera, y otorgólo Isabel, diciéndoles echasen por igual de las torres del alcázar a sus gentes ya los sublevados. Así se hizo en medio del entusiasmo y de vivas a la Reina, y en menos de media hora, apaciguados, abandonaron todos el recinto.

Abierta información judicial al otro día y resultando muy leves los cargos contra Cabrera, mandó restituirle la alcaidía, e hizo pregonar la sentencia por la ciudad a toque de clarines.

Les metió el resuello en el cuerpo, y nobles y villanos decían mohinos, meneando las cabezas, una frase, popular a poco en las Castillas: "¡Brava hembra, lleva bragas que no faldetas!" Isabel tenía entonces veintitrés años.

#### 6. FIN DE LA GUERRA. LA VOCACIÓN DE DOÑA JUANA

Proseguía, atenuada, la guerra. Faltaba de expugnar Toro, pero tras varias tentativas, tomóse por asalto a la ciudad la noche del 18 de septiembre. El castillo resistió un mes, defendido por María Sarmiento, hermana de conde de Salinas, y que con los años se ha convertido en personaje folklórico.

A consecuencia del suceso, Carrillo y Villena se separaron del bando portugués, que contó ya únicamente con escasos valedores en Extremadura y Andalucía. A los seis meses sólo quedaban pequeñas fortalezas y lugares- Castronuño, Cantalapiedra, Cubillo, Siete Iglesias- que poco a poco iban cayendo.

Mientras Fernando pacificaba las Castillas, fuése Isabel a Extremadura que, tras pugnas tenaces, quedó asegurada con la victoria del maestro de Santiago en la Albuera; por cierto que en esta batalla empezó a distinguirse por su heroísmo Gonzalo de Córdoba.

Pasó de allí a Andalucía, donde cada señor, ayudándose de portugueses o moros, según el tiempo, era un reyecillo hecho y derecho. Con sus leales y las milicias de la Santa Hermandad, los fué metiendo en vereda. Durante estas andanzas, nació en Sevilla su segundo hijo, el príncipe don Juan (30 junio 1478).

Para Alfonso, todo iba de mal en peor. Luis XI, deseoso de paz con Castilla para emplearse a fondo en Borgoña, se apartó de su alianza, y por si algo faltaba, el papa Sixto IV -a instancias de los Reyes -revocó la dispensa de matrimonio que le diera, con lo que arrancó de cuajo sus pretensiones al trono castellano.

Lentamente fué tomando cuerpo la idea de paz, que año siguiente (1479) iniciaron en Alcántara Isabel y su tía materna Beatriz, cuñada del rey de Portugal; duraron ocho días las pláticas, y la paz surgió afianzada por matrimonios, según costumbre de la época: el rey de Portugal dejaría de usar las armas de Castilla, y los de ésta las de Portugal; doña Juana "la Beltraneja " se casaría con el príncipe don Juan, si es que no prefería hacerse religiosa, y la princesa Isabel con el único hijo del heredero de Portugal; se otorgaba perdón general a cuantos castellanos militaron en el partido de doña Juana.

Entretanto (19 enero) murió don Juan II de Aragón; la guerra retuvo a Fernando en Extremadura, y sólo en junio pudo ser jurado rey en Zaragoza. A su vuelta a Castilla tuvo noticia de la ratificación de las paces, que fué meses después.

"La Beltraneja", obligada a casarse primero con un viejo y luego con un niño, optó por tomar el hábito en las Clarisas de Coimbra (1480), pero se conoce estaba engolosinada por el mundo, pues tornó a él varias veces. Firmó hasta la muerte "Yo la Reina", y llamaba siempre a Isabel "la reina de Sicilia"; ésta, en cambio, le decía "la mochacha", y en paz.

## CAPITULO IV

### **Pacificación Interior**

## 1. LUCHAS FEUDALES

Con las banderías del reinado de Enrique IV, y aun tomándolo de más atrás, del de su padre, hubiera bastado para desquiciar un Estado de la precaria consistencia de los medievales; agréguese a ello dos guerras extranjeras -con Portugal y con Francia- sostenidas para alivio de males en territorio nacional, y se comprenderá la desolación y la anarquía que hubieron de afrontar Isabel y Fernando.

Dondequiera pugnaban las ambiciones sin escrúpulos. Los grandes usurpábanse unos a otros -y todos a la Corona- bienes y estados; los pequeños imitaban su ejemplo y armábanse en bandas de forajidos, y unos si y otros también, asolaban la tierra. Consecuencia: escaseces, hambres; en Toledo, por la falta de leña, llegó a valer un maravedí cocer un pan, cosa enorme para la época; en las Andalucías, tales proporciones alcanzaron los dislates, que sus mismos autores, asustados de lo que se les venía encima, pactaron una tregua de tres meses para poder sembrar las tierras. ..con la esperanza de, repuestos un tanto sus graneros, o los ajenos, volver a descrismarse de mejor gana, recurriendo a meter moros en la tierra, cuando así les placía, pues no eran gentes que sintiesen escrúpulos de monja. (Tal barrabasada era tan frecuente que cuajó en frase: "Puede meter moros en Castilla", se decía aún en el siglo XVII, de quien era muy poderoso y rico).

Y lo más extraordinario es que estos empecatados feudales cinco o seis años después fueron los héroes de Granada: el marqués de Cádiz, el duque de Medina-Sidonia, el señor de la Casa de Aguilar -hermano mayor de Gonzalo de Córdoba- y su tío, y rival a muerte, el conde de Cabra y todo por obra y gracia de la inteligencia, la energía y el agrado personal de Isabel.

Y en lo espiritual, odios, venganzas: los nobles entre sí, el pueblo hacia los nobles, las ciudades unas a otras. Los castillos, en vez de escudo, eran cuchillo de las pueblas: el alcaide de Castronuño saqueaba la Tierra de Campos y había que comprar su benevolencia con tributos y zalemas; el de Cubillos llegó al extremo de no querer tornar a rey Fernando un halcón que se había abatido dentro de sus muros; la Mota de Medina- en manos de los Fonseca -tal inquina se ganó de los de la villa, que quisieron destruirla para librarse de una vez de amigos que cubren con las alas y muerden con el pico; y ya se sabe lo que hicieron los villanos de Fuenteovejuna -inmortalizados por Lope de Vega con el comendador de Calatrava... y así en todas las tierras de la Corona. Dolorido, decía el cronista Pulgar: "no hay más Castilla, sino, más guerra habría".

Y aun no era todo; a los nobles salteadores les seguían el son -a su manera- gavillas de bandidos; en Galicia, todo el campo era prado, es decir todo el reino era suyo, y otro tanto en la Jara de Talavera y los Montes de Toledo y la famosa Sierra de Torozos, al Oeste de Valladolid, por la que cruzaba la calzada real de Galicia.

## 2. LA SANTA HERMANDAD y DON ALFONSO DE ARAGON

A gran seca, gran mojada, dice el refrán, o séase, a grandes males, grandes remedios. Había que acabar con aquella nube de belitres de bajo vuelo, y se creó la Santa Hermandad.

En realidad ya existía, y el nombre de Santa también -se lo dió el Papa en tiempos de don Sancho "el Bravo" -, pero era con carácter local: un órgano de defensa de los labradores y colmeneros de la Mancha- Toledo, Talavera y Ciudad Real-, que a veces se subía a mayores y hombreábase con los mismos reyes...

Había, pues, que organizarla sobre férreos principios, y el primero, una absoluta adhesión a la Corona.

Empezóse por una fuerza permanente de dos mil hombres de a caballo y se impuso una crecida contribución por cada cien vecinos para mantener un jinete y su corcel. Se nombró jefe al hermano del Rey, don Alfonso de Aragón. Había, además, una junta suprema, que resolvía sin apelación las causas, presidida por el obispo de Cartagena.

¡En buenas manos -las de don Alfonso -estaba el panderero! No era hombre para ahogarse en un charco de agua ni que se parase en pelillos. En Burgos empleó a fondo sus bombardas y, al rendirse el castillo, si no se tercia Isabel y recibe ella misma las llaves, no deja un defensor con vida y lo mismo en Toro, adonde se trasladó sin tomar resuello con todo su instrumental de guerra. Un mes entero estuvo largando metralla sobre la fortaleza de María Sarmiento, hasta que un zambombazo afortunado descabezó muy limpiamente al alcaide e hizo pensar a la buena señora en aquello de cuando las barbas de tu vecino veas pelar y entregó el castillo.

Las leyes de la Hermandad, la verdad sea dicha, no pecaban de blandas, pero también es cierto que los tiempos no consentían lenidades.

### 3. JUSTICIAS. LA PIEDAD DE ISABEL

Se recomendaba a los jueces "que el tal malfechor reciba los sacramentos que pudiere recibir como católico cristiano, e que muera lo más prestamente que pueda, porque pase más seguramente su alma". Se ve en ello la mano de Isabel, clemente en lo posible; "era naturalmente piadosa", dice Fernández de Oviedo, y buenas y repetidas muestras dió de ello.

A fuerza de justicias se fué acabando con los bandoleros. Los caminos empezaban a ser seguros ya verse libres de cruces. La paz renacía y no era que la sogá se quebrara sólo por lo más delgado; la Reina hacía cumplir la ley por igual y presidía cada viernes su tribunal, en las puertas de palacio, y allí, oía las quejas de todos, sin hacer distingos. En Sevilla, dos meses de su expeditiva justicia coronados por un indulto general, previa restitución de bienes usurpados, acabaron con bandos y rencillas seculares, y algunos escarmientos en gentes de pro, y el derribo de muchos castillos, convencieron a altos y bajos de que había que andar derecho. Además, empezaba por casa: en el palacio de Valladolid disputaron don Fadrique Enríquez, hijo mayor del Almirante, quien, como se sabe, era tío del Rey, y un cortesano. La Reina, para evitar quimeras, les mandó a los dos no salir de sus moradas. Creyendo después que el primero se había ausentado, dió seguro al otro para salir por la Villa, pero con seguro y todo, al cruzar la plaza Mayor le dieron de palos tres enmascarados. Isabel se caló que la fechoría era obra del don Fadrique, que tenía la mano un poco larga; montó a caballo y no paró hasta Simancas -donde vivía el Almirante- y le pidió su hijo; pero como allí no estaba, tuvo que volverse con las manos vacías.

Al día siguiente guardó cama, y al preguntarle cómo se sentía: "Duéleme- dijo -este cuerpo de los palos que dió ayer don Fadrique contra mi seguro." Y no hubo perdón: le desterró a Sicilia, en donde estuvo varios años.

Este rigor de Isabel -en realidad odio al desorden - se transparenta en una frase que se le atribuye; decía complacerse sobre manera en ver cuatro cosas:

"Hombre de armas en campo, obispo puesto en pontifical, linda dama en estrado y ladrón en la horca".

Pulgar atenúa la dureza de la máxima; la Reina, dice, "siguiendo la doctrina de San Gregorio, en todas las cosas que duda tenían, más a misericordia que a rigurosa justicia se inclinaba".

#### 4. LAS CORTES EN TOLEDO

La Hermandad estableció se por tres años, y caducados éstos, los nobles que veían con recelo el constante robustecerse de la autoridad real, y el pueblo que siempre llora los dineros que le sacan en tributos, aun cuando tengan provechoso empleo, intrigaron para abolirla; pero los Reyes se mantuvieron firmes, y en la junta de Madrid, presidida por Fernando en persona, se acordó prorrogarla otros tres años y no paró ahí; Isabel, viendo sus buenos resultados, decidió extenderla también a las tierras de señorío, y se salió con la suya; cierto que influyó mucho el buen ejemplo del Condestable de Castilla, que la implantó en sus grandes dominios del Norte.

La paz lograda con tantas fatigas y violencias hizo olvidar unas y otras: cesaron los robos y homicidios y el tomarse la justicia por su mano. Como altos y bajos la alcanzaban igual en teniendo la razón de su parte, tuvieron más moderación los unos y los otros más confianza, ya cambio de un poco de soberbia y orgullo compraron tranquilidad y bienestar.

La obra de pacificación coronó se con las Cortes de Toledo en 1480. Prohibióse en ellas alzar nuevos castillos a los nobles; se revocaron las mercedes hechas durante el último reinado, pues eran tantas que comprometían seriamente el patrimonio de la Corona.

Los ricos hombres, dicho sea en su honor, aceptaron de buena voluntad. Se encomendó asunto tan espinoso a dos personajes de gran valía: el cardenal Mendoza y fray Hernando de Talavera, que supieron llevarle a feliz término. Nada se quitó a hospitales ni a universidades, e Isabel, con su extraordinario talento político, supo hasta hacer simpática medida política tan dura, destinando veinte millones de maravedises de los primeros recaudados para socorro de las viudas y huérfanos que dejara la guerra de Portugal.

Remate de estas famosas Cortes fueron en cierto modo la incorporación a la Corona de los Maestrazgos de las Ordenes Militares y el abolir (1486) los seis "malos usos" que oprimían en Cataluña a los "pagesos de remensa".

## CAPITULO V

### **La Guerra de Granada**

#### 1. Los GRANOS DE LA GRANADA

Las tierras de Granada, refugio último de los españoles musulmanes aventados por el avance cristiano, erguían se inexpugnables casi, erizadas de sierras y castillos.

Juan II y Enrique IV, no pudieron hincarles el diente, no por falta de ganas el primero, que después de la batalla de Higuera, la contempló codicioso desde lejos, como lo recuerda el bello romance de Abenamar:

*Allí habló el rey don Juan,  
bien oiréis lo que decía:*

*-Si tú quisieras, Granada,  
contigo me casaría;  
darete en arras y dote  
a Córdoba y a Sevilla...*

En realidad, desde la conquista de Antequera por el infante don Fernando-luego rey de Aragón -poco o nada había adelantado la secular marcha hacia el Sur.

Las desventuradas luchas civiles de los dos reinados extenuaron a Castilla imposibilitándola para toda empresa exterior, pues hartó tenía que hacer en su casa. Todos los años, hacia la sanjuanada, los grandes señores andaluces gaziaban por su cuenta las tierras moras fronterizas y volvían con presa de ganado y cautivos, y hasta la próxima estiada; ya lo decía el refrán: guerra de por San Juan, paz para todo el año.

Correspondían los nobles granadies en la misma moneda, sin que por ello se turbase la buena amistad de los Reyes. Aben: Ismail, tranquilo y tolerante, se entendía a maravilla con su colega Enrique IV, no menos tolerante y tranquilo, disimulando uno y otro las fechorías de sus levantiscos señores, quienes por su parte, y exceptuadas las mutuas rapiñas, eran excelentes vecinos y entraban como Pedro por su casa en tierras moras y cristianas y mezclábanse sin ningún temor ni reparo en fiestas y regocijos.

Pero como todo se acaba en este mundo, también terminó aquella edad dorada. Se murió Aben Ismail y sucedióle su hijo Abul Hacén que odiaba a los cristianos y era testarudo y fanático. Ya se sabe: padre santo, hijo diablo.

Aprovechando la anarquía de Castilla, hizo varias incursiones por la frontera, con tales barrabasadas y tropelías, que llenó de terror a la comarca, proporcionando a rey Enrique nuevos quebraderos de cabeza, por si tenía pocos.

Pero en todas partes cuecen habas; las gentes de morería también sabían dar un disgusto a su Rey cuando se terciaba, y tal hicieron el alcaide de Málaga y otros rebeldes, y tanto estrecharon a MuleyAbul Hacén, que tuvo que mandar embajadores a Sevilla (1475) y pactar treguas que le dejaran libres las manos para meter en cintura a cuantos lo hubieren menester.

Pero rey Enrique se había muerto ya, e Isabel y Fernando eran muy de otra madera. Le respondieron que enviarían a Granada a su embajador, quien trataría con él las condiciones de la tregua. Iban de duro a duro.

Fueron éstas que les pagase el tributo de moneda y cautivos que los reyes de Granada ofrecían desde hacia muchos años a los de Castilla.

Al Muley se le subió la cólera al campanario y dijo al embajador, de mal talante, que habían muerto ya los reyes de Granada que pagaban tributo a los cristianos, y que en la ciudad no se labraba ya oro sino alfanjes y hierros de lanza para los, enemigos.

Disimularon los Reyes la descortesía, pero Fernando profirió una amenaza que con el tiempo había de cumplir de cabo a rabo: "Yo arrancaré los granos a esa granada uno a uno."

## 2. "¡AY DE MI ALHAMA!"

El morito era de los de digo y hago, y una noche tempestuosa cayó de improviso sobre la fortaleza de Zahara, cercana a Ronda (1481); la ganó, pasó a cuchillo a cuantos quiso y se llevó cautivos los demás.

Entró triunfante en Granada, y hubo parabienes y alegrías en la Alhambra, porque Rey y cortesanos creían que todo el monte era orégano y aquélla, la primera de una serie de victorias.

Sólo un viejo santón de barba blanca aguó la fiesta al salir del palacio profetizando a gritos la ruina de la ciudad y el reino.

En el campo cristiano, sentidos los Reyes del descalabro, hicieron reforzar las plazas fronterizas y comenzaron a estudiar el desquite.

Alhama la rica -célebre ya por sus baños-, y en la cual solían solazarse los monarcas moros-, en el corazón del reino, a sólo ocho leguas de Granada, fué la elegida, y una tropa de siete mil cristianos cayó de noche sobre ella, escalando su castillo.

Brava fué la pugna y ganóse calle a calle. Hubo degollina y saqueo como es de rigor en casos tales; la ciudad quedó por Castilla, y la guerra -una guerra a muerte- se hizo ya inevitable.

La risa va por barrios, suele decirse; les tocaba la mala ahora a los sarracenos y grande fué su pena, tanto, que ha quedado para siempre en el famoso "Romance del rey moro que perdió Alhama", que reza así:

*Paseábase el rey moro  
por la ciudad de Granada  
desde la puerta de Elvira  
hasta la de Bibarrambla.  
"¡Ay de mi Alhama!"*

*Cartas le fueron venidas  
que Alhama era ganada:  
las cartas echó en el fuego  
y al mensajero matara.  
"¡Ay de mi Alhama!"*

*Descabalga de una mula  
y en un caballo cabalga;  
por el Zacatín arriba  
subido se había a la Alhambra.  
"¡Ay de mi Alhama!"*

*Como en el Alhambra estuvo  
al mismo tiempo mandaba  
que se toquen las trompetas,  
sus añafiles de plata.  
"¡Ay de mi Alhama!"*

*y que las cajas de guerra*

*aprieta toquen al arma,  
porque lo oigan sus moros  
los de la Vega y Granada.  
"¡Ay de mi Alhama!"*

*Los moros que el son oyeron  
que al sangriento Marte llama,  
uno a uno y dos a dos  
juntado se ha gran batalla.  
"¡Ay de mi Alhama!"*

*Allí había un moro viejo,  
de esta manera hablara:  
-¿Para qué nos llamas, Rey,  
para qué es esta llamada?  
"¡Ay de mi Alhama!"*

*-Habéis de saber, amigos ,  
una nueva desdichada :  
que cristianos de braveza  
ya nos han ganado Alhama.  
"¡Ay de mi Alhama!"*

Pero no todo fueron lamentaciones y lástimas. Juntó un ejército numeroso y la puso cerco, con tanta furia e inquina, que a no haberse defendido los sitiados a la desesperada, mal les hubiera ido. No cejaba el pertinaz Hacén, pero se vió obligado, bien a su pesar, a levantar el campo porque llegaban con sus mesnadas los grandes señores andaluces, quienes, viendo que esta vez iba de veras, olvidaron sus empíternas rivalidades, formando un haz contra el enemigo común.

Replegóse el ejército de socorro dejándola bien provista y guarnecida, y al mes escaso ya estaba allí Muley Hacén, y esta vez con artillería; tan silbita fué la embestida, que sesenta moros entraron en la ciudad, pero rehechos los "cristianos, rechazaron el ataque y acabaron con los sesenta audaces. El Rey, viendo malograda la sorpresa, se retiró enseñando los dientes, dispuesto a volver y no cejar hasta ganar Alhama.

Que por cierto quitaba muchos sueños a los capitanes cristianos por su difícil, sino imposible, defensa, tanto que en la junta tenida en Córdoba por el Rey, acordaron abandonarla, desmantelándola primero y dándola a las llamas. Pero reina Isabel se opuso: era gran mengua abandonar la primera ciudad ganada en aquella santa guerra. Siguióse su parecer y se organizó un ejército para defenderla mandado por Fernando en persona.

Relevóse y reforzó la guarnición de la plaza; se convirtieron las mezquitas en iglesias, dotólas la Reina de cuanto fué necesario y bordó por sus manos los ornamentos de la primera ganada a moros, Nuestra Señora de la Encarnación,



como la bautizaron, y el Rey, para no tener ociosa a la gente, taló la Vega de Granada, destruyendo o llevándose todo cuanto pudo, y retornó victorioso a Córdoba.

Ahora sí que podía decir con razón el rey moro: "¡Ay de mi Alhama!"

### 3. PRINCIPIAN LAS GUERRAS CIVILES EN GRANADA

Mal iban las cosas de la morería. Frente aun enemigo unido y enérgico, suscitaban inoportunas rencillas de campanario.

Comenzaron por la rivalidad entre la sultana Aixa -la madre de Abu Abdallah, nuestro Boabdil- y la favorita Zoraya- "Lucero de la mañana"-, que primero fué cristiana y se llamó doña Isabel de Solís.

Los Abencerrajes apoyaban a la Sultana vieja; los Venegas, otra familia de las más poderosas, a Zoraya y al Rey, quien, por motivos más o menos justos, hizo matar a varios de los primeros.

Esto fué la chispa. Abiertamente ya, apoyaron los Abencerrajes a la sultana Aixa, que quería proclamar Rey a su hijo destronando al Rey viejo. Vino a apoyar sus planes la pérdida de Alhama y los dos fracasos de Hacén ante sus muros al querer recobrarla.

Descontentos y amigos de novedades nunca faltan, sobre todo cuando hay hombres de corazón que den el pecho los primeros, y los Abencerrajes tenían corazón para dar y prestar. Armóse un morote en el Albaicín, y el Rey, temiendo mayores males, hizo encerrar en una torre de la Alhambra a la madre y al hijo, pero éste huyó, descolgándose por una cuerda hecha con las tocas y almizares de Aixa y sus esclavas, y con sus amigos los Abencerrajes llegó a Guadix.

Y comenzaron las intrigas y los días malos para la ciudad. Repitióse la intentona con mejor éxito y Muley Hacén y los suyos tuvieron que huir y refugiarse en el castillo de Mondéjar. Repuestos, volvieron la noche siguiente sobre Granada, creyendo sorprenderla, pero fueron por lana y volvieron trasquilados, es decir, los que volvieron, pues la mayoría dejaron allí los huesos, y casi de milagro pudo llegar vivo el Rey viejo a Málaga.

Y allí se quedó; sólo le obedecía la ciudad y un corto número de pueblos y como sus fuerzas eran escasas hubo de limitarse a escaramuzas y correrías por Gibraltar y las Algeciras, pero el negocio tenía sus quiebras, pues los alcaides cristianos no dormían y salíanle al paso cuando menos lo esperaba, haciéndole volver a su ciudad más de prisa de lo que hubiese querido.

### 4. "DEL BIEN AL MAL NO HAY UN CANTO DE REAL". LAS SEÑORAS CORDOBESAS

Por dondequiera hay tres leguas de mal camino, según el refrán, y mucho más en la guerra, que es la comarca del azar, como dijo uno que sabía lo que se decía, pues era perro viejo en ella.

¿Quién podría pensar que un ejército aguerrido y envalentonado por sucesivas victorias, y que a mayor abundamiento peleaba contra enemigos roídos por luchas intestinas, fuese rechazado con gran pérdida y estuviese apunto de total destrucción? Y sin embargo así fué. Pero no conviene adelantar los sucesos.

¿Qué hacía entretanto reina Isabel? Desde Córdoba dirigía la trama de la guerra, llegaba socorros y gentes; traía soldados hasta de las lejanas montañas cantábricas; disponía escuadras en el Estrecho que impidiesen los desembarcos africanos en la costa andaluza; abastecía al ejército con solicitud de madre.

Quien tanta actividad y prudencia desplegaba, claro es que no se había de avenir bien con gentes ociosas y parleras, y así fué. Un día, desde la ventana de su palacio, vió multitud de señoras cordobesas paradas enfrente, sin hacer otra cosa que mirarla. Preguntó qué esperaban; dijéronle que pasaban gran parte del día esperando que se asomara para verla.

-"Puesto que no trabajan en sus casas, no merecen compartir con sus esposos la riqueza que no ayudan a ganar y de un plumazo les quitó el derecho a los bienes gananciales y la ley duró hasta Carlos III, pero las cordobesas, que no tenían pelo de tontas, esquivaban sus rigores casándose en Alcolea, que está como quien dice a un paso.

##### 5. "LA FLOR ENTRE ESPINAS." TERCER ATAQUE A ALHAMA

Volviendo a los sucesos de la guerra, pensaron los Reyes atacar a Loja, ciudad de gran riqueza, situada entre dos sierras en un valle que atraviesa el Genil, despeñándose con gran estrépito por barrancos y cuevas, que son llamados por el pueblo "los infiernos de Loja".

Allí se dirigió rey Fernando, acampando a orillas del río, en unas cuevas cubiertas de olivares, y donde no faltaban acequias y collados que separaban las tropas entre si e imposibilitaban las maniobras de la caballería, arma decisiva entonces. Por si algo faltaba, el ejército cristiano era escaso para empresa de tanto vuelo, y el defensor de la ciudad, Aliatar, un valiente curtido en la guerra y que conocía aquellos andurriales como su propia casa.

Y no tardó en hacer una de las suyas; emboscó gente en las laderas del cerro Alboacén, salió de la ciudad y tras un combate con la mesnada del marqués de Cádiz, fingió retirarse. Como siempre sucede en estos casos, los que se creían fáciles vencedores, envalentonados, se echaron encima; a eso esperaban los emboscados para atacar y, junto con los que huían, que volvieron la cara, cerraron todos a una con los cristianos.

Grande fué la mortandad aquel día (3 julio 1482): allí cayó pasado por dos saetas enherboladas -envenenadas con hierbas -Rodrigo Téllez airón, maestre de Calatrava, hijo de don Pedro airón, el que quiso casarse con Isabel cuando era casi una niña. Una cruz de piedra, "la Cruz del Maestre", enclavada en el sitio donde muriera, guardó durante varios siglos su memoria.

Pasada la noche, hubo que levantar el campo y la jornada fué aún más funesta para los cristianos, por el desorden que cundió en sus filas. Rey Fernando hizo cuanto pudo por tener a raya a sus gentes, peligrando muchas veces su vida; los capitanes, que le protegían con sus cuerpos, lo pagaron en sangre, pero entre uno y otros salvaron al ejército del aniquilamiento, pudiendo llegar a la Peña de los Enamorados, entre Loja y Martos.

Loja, "la flor entre espinas", como era llamada por la aspereza de las sierras que la abrazan, fué sólo espinas para los cristianos. El primer grano de la granada, supo muy amargo al Rey.

Los que más sintieron el golpe fueron los defensores de Alhama, que viéronse perdidos; la empresa de Loja tenía por principal fin asegurar la difícil posesión de aquella ciudad; deshecha la hueste cristiana, nada tenían que esperar ya: muertos o cautivos.

Pero estaba Isabel por medio; sintió como el que más el descalabro, pero nada dijo, y animó al Rey y a sus vencidos caballeros para ir al socorro de Alhama.

Bien lo había menester, ya estaban ante ella los moros, pero viendo venir las tropas cristianas, y como el sitio parecía tener mala suerte para ellos, salieron por pies y la ciudad pudo ser abastecida y relevada la guarnición, que bien merecía el descanso.

#### 6. OTRO DESCALABRO: LAS "CUESTAS DE LA MATANZA"

Se reintegraron los Reyes a Castilla, dejando apercebida la frontera y en manos de buenos capitanes, y reunieron la junta de la Santa Hermandad en Pinto, no lejos de Madrid. Oyeron quejas, corrigieron abusos y allegaron recursos de los pueblos, pues, como dijo el Gran Capitán, para la guerra se necesitan tres cosas : dinero, dinero y dinero.

Marchaban, pues, bien los negocios, pero ya se sabe que no hay nada seguro en este mundo: cuando más confiados estaban, llególes la nueva del desastre de la Ajarquía de Málaga.

El capitán encargado de la región de Écija, Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, se preparó para invadirla, para talar las mieses y apresar gran número de ganados, que según sus informes criábanse al otro lado de los montes. Siguióse su consejo, no obstante el contrario parecer del marqués de Cádiz, y el ejército -poco numeroso pero escogido-, partió de Antequera y entrañose en las sierras (marzo 1483) quemando los poblados, desiertos todos, pues sus moradores huían a esconderse en los montes.

Los cristianos, seguros de su fuerza, se confiaron más de la cuenta y sólo volvieron en sí cuando desde las montañas comenzaron a llover sobre ellos peñascos y saetas. Pero ya era tarde; descaminados entre breñas, envueltos por la noche, apenas si podían defenderse. Y para completar el desastre, Muley Hacén envió desde Málaga a su hermano el Zagal -"el Valeroso"- con lucida hueste que acabó de espantar a los cristianos, y la huida se convirtió en desastre. Salváronse pocos ganando la cumbre de la sierra por agrios repechos, casi inaccesibles. Tantos cayeron, que desde entonces aquellas montañas -que son las de Cútar- se llaman "Cuestas de la Matanza"; otros muchos quedaron cautivos y fueron vendidos como esclavos en los mercados de las ciudades moras.

## CAPITULO VI

### **Sigue la Guerra de Granada**

#### 1. PRISIÓN DE BOABDIL

Y sin embargo el triunfo de la Ajarquía fué muy en breve fatal para los moros. Creció con él la simpatía y favor populares hacia Muley Hacén y el Zagal, y las murmuraciones contra Boabdil, que pasaba el tiempo muy sosegadamente en la Alhambra. Vió éste mal parado su orgullo y su partido, y para acrecer su prestigio ante todos, pensó en una empresa gloriosa contra cristianos. Reunió gente escogida y partió a pesar de funestos augurios que entristecieron a los suyos.

Llegó a Loja; pasó el Genil y entróse por las tierras fronterizas, saqueando y quemando, y puso cerco a Lucena. La defendía don Diego Fernández de Córdoba, llamado el Alcaide de los Donceles porque instruía en el arte militar a los donceles de palacio, quien mostró tanto esfuerzo que dió tiempo a la llegada de socorros y entre todos vencieron a los granadinos con gran pérdida de hombres y cautivos, entre ellos un joven caballero ricamente armado, que de momento no fué conocido. A los tres días se averiguó ser Boabdil.

Sabida la noticia en Granada, la sultana Aixa ofreció gran rescate y muchos cautivos cristianos por su hijo. Rey Fernando, que estaba en Córdoba, reunió su consejo para tratar este negocio. Unos se oponían a libertarle, pero el marqués de Cádiz dijo era muy conveniente, pues así se encenderían de nuevo las luchas civiles en el reino enemigo. Del mismo parecer fué el cardenal Mendoza, y consultada por don Fernando la Reina -que estaba a la sazón en el Norte-, mostróse conforme con el parecer de ambos.

Boabdil fué libertado ofreciendo pagar doce mil doblas de oro anuales a los reyes de Castilla, de los que reconocíase vasallo, entregar cuatrocientos cautivos cristianos, dejar paso franco a las tropas de los Reyes para combatir a su padre ya su tío el Zagal y entregar su hijo y los de sus principales nobles, como rehenes; se guardarían treguas por dos años entre ambos monarcas.

## 2. SANGRE EN GRANADA. EL REY DE ALMERÍA

Antes de saber cautivo a Boabdil, supieronle muerto, y su padre, que aunque viejo no era perezoso, entró en Granada y sin resistencia hízose Rey de nuevo.

Cuando el prisionero vióse libre halló muy malparados sus asuntos, pero a pesar de todo enderezó sus pasos a Granada y entró en el Albaicín por un postigo.

Al amanecer comenzó una lucha a muerte y siguió por dos días con tanto estrago, que las calles se llenaron de muertos. Mediaron los ancianos y llegóse a un acuerdo: Boabdil marcharía como Rey a Almería, llevándose a los suyos.

Así se desmembraba el reino granadino frente a sus enemigos cada vez más unidos y acordes. Era el principio del fin: el árbol se sostenía aún apoyado en sus viejas raíces, pero tenía muerto el corazón.

Sagazmente lo vió el marqués de Cádiz: la libertad de Boabdil era la destrucción del reino.

Mala suerte tenían los musulmanes. Hamet Zegrí fué vencido en Lopera; se devastaron los campos de Alora, Coin y Cártama, y poco después la primera de aquellas villas caía en manos cristianas.

Hasta las mismas puertas de Granada se llevaba la guerra: treinta mil hombres talaban la Vega, cegaban las acequias, quemaban alquerías y molinos.

Y los moros, entretanto, todo se volvía discutir entre sí, echarse unos a otros la culpa de sus cuitas -sin nadie meter mano a remediarlas-, acuchillarse sin piedad. El Zagal pensó acabar con aquel caos y cayó sobre Almería para aprisionar a su sobrino. Manos traidoras le abrieron las puertas de la ciudad, pero advertido Boabdil, huyó con unos pocos y refugióse en Córdoba bajo las alas del águila cristiana.

Los Reyes le acogieron benévolos y dieron orden a sus gentes para que le apoyaran en la guerra, como a príncipe aliado de ellos que era.

## 3. SIGUE LA GUERRA. "CASA DONDE NO HAY HARINA..."

Isabel animaba la guerra, estaba en todas partes, como suele decirse; no la desalentaban contrariedades ni fracasos, y poco a poco iba infundiendo a todos la confianza que en el triunfo sentía.

Consolaba y amparaba a los cautivos libertados por sus armas; enardecía a las tropas con su ejemplo y su alegría inalterable, y por dondequiera que iba recibíase la con entusiasmo, pues gracias a ella nada faltaba en el ejército:

pertrechos, víveres, dinero. Realmente era la "Madre de los Campamelitos" - "Mater Castrorum" - como después fué llamada.

Ganóse tras dura pugna Coín. Cayó luego Ronda (mayo 1485) al valor de los castellanos ya la terrible artillería de que la solicitud de los Reyes había dotado al ejército; su rendición ocasionó la de más de sesenta fortalezas de la serranía, y con ella dióse por terminada la campaña, regresando don Fernando a Córdoba donde entró triunfalmente.

Con las victorias cristianas las divisiones se encarnizaban en Granada.. Todos están descontentos, unos a otros culpábanse de los continuados descalabros. Un alfaquí muy reputado en la ciudad abogó por hacer Rey al Zagal, y el pueblo lo acogió con entusiasmo. Sabido por Muley Hacén -muy achacoso y casi ciego -, abdicó en favor de su hermano.

Encaminóse éste a Granada y tuvo la suerte de topar con cosa de un centenar de caballeros de Alcántara que descansaban a la sombra de unas alamedas. Cayó sobre ellos y los pasó a cuchillo, entrando con los suyos en la ciudad con las cabezas de los vencidos, por trofeo, colgando del arzón de las sillas, entre las aclamaciones de un pueblo enloquecido de entusiasmo.

Poco después murió Muley Hacén. Mandó- dícese que le enterraran en el pico más alto de Sierra Nevada, al que ha dado su nombre, pues creía que ni aun después de muerto podría soportar la compañía de los hombres, aunque fuesen difuntos; tan triste y amargo llegó al fin de su vida.

Conviniéronse Boabdil y el Zagal para un nuevo reparto del reino: la zona costeña sería del Zagal, la fronteriza con Castilla de Boabdil; ambos morarían a la par en Granada, el uno en la Alhambra y el otro en el Albaicín.

#### 4. SITIO y TOMA DE LOJA

Fingió indignación don Fernando al notificarle Boabdil el pacto con su tío, pues era faltar a sus obligaciones de vasallo el aliarse con enemigos de su señor. En realidad, lo que buscaba era enconar los ánimos de los dos moros para llevar a cabo con menos coste la total conquista del reino.

Presentóse con un poderoso ejército sobre Loja, y Bobdil, que se veía entre Cristo y Mahoma como suele decirse, empujado por el fanatismo de los suyos, no tuvo otro remedio que salirle al encuentro.

Defendía la ciudad Hamet el Zegrí, con su famosa guardia negra de gomeles, mercenarios africanos famosos por su valor y sus crueldades.

Con los cristianos vinieron dos nobles extranjeros: Lord Scales, conde de Rivers y primo del rey de Inglaterra y don Gastón de Lyon, senescal de Tolosa. El Lord traía consigo trescientos arqueros armados a guisa de su tierra, es decir con arco y hacha.

Sucedieron asaltos y combates y la artillería cristiana hizo grandes destrozos en las fábricas de la ciudad, incendiándola en diversos puntos con las pellas de cáñamo en llamas que arrollaban sus ingenios.

Boabdil, llamado con razón "Zogoibí", el "Desventuradillo", fué herido en los primeros encuentros ya pesar de estar ganada la ciudad y defenderse sólo, y muy maltrecha, la alcazaba, temeroso de Fernando, no osaba pedir capitulación; por fin pudo convencersele y se enarboló bandera blanca.

Envió el Rey a Gonzálo de Córdoba, pues era amigo personal de Boabdil desde que éste estuvo prisionero de los cristianos, y además hablaba en algarabía con la misma soltura que un granadí.

Logróse llegar a un acuerdo: Boabdil dejaría el título de ,rey de Granada por el de duque de Guadix, con pleno señorío sobre esta ciudad, caso que se conquistase antes de medio año, sino se le daría una grandeza de Castilla, comprometiéndose a combatir con todas sus fuerzas al Zagal; a los moradores y soldados de Loja se les permitiría pasar con sus bienes a Granada, Africa o cualquier parte de la España cristiana.

Con tales condiciones se entregó la fortaleza (29 mayo 1486); el desastre que ante la ciudad experimentaran rey Fernando y los suyos, se había cumplidamente vengado.

## 5. ISABEL ENTRE LOS SOLDADOS

Ganó el duque del Infantado a Illora por asalto, y el núcleo del ejército puso cerco a Moclín. Allí debía reunirse Isabel a su esposo y sus gentes. Fué a encontrarla hasta la Peña de los Enamorados el marqués de Cádiz con escogida escolta y acompañóla hasta el campamento.

Iba la Reina con su hija la princesa Isabel y un ramillete de hermosas damas, caballeras todas en mulas galanamente aparejadas. Envolvíase en el manto carmesí de las princesas moras y vestía brial de terciopelo, saya de brocado y un capuz morisco escarlata cual el de las doncellas granadíes.

Los caballeros lucían sus mejores galas; clamaba la trompetería y abatíanse a su paso las gloriosas banderas.

Salió a su encuentro el Rey con un grupo de nobles. Hiciéronse al afrontarse dos reverencias y luego rey Fernando besó en la mejilla primero a Isabel y después a la Princesa.

Durante toda la campaña de aquel año siguió la Reina a su hueste. Ganáronse Moclin, Montefrio, Colomera y el Salar, y talóse una vez más la rica Vega de Granada, pero no fué sin pérdida, pues en las escaramuzas, cayeron nobles caballeros cristianos, entre otros el comendador de Santiago, Martín Vázquez de Arce, enterrado en la Catedral de Sigüenza, y cuya efigie semiyacente es quizá la más bella de nuestra escultura funeraria medieval.

## 6. NUEVAS LUCHAS ENTRE MOROS

Mientras los Reyes preparábanse para la nueva campaña, Boabdil y el Zagal se perseguían a muerte, y Granada volvió a ser teatro de matanzas fratricidas. Los caudillos cristianos -siguiendo la política de sus señores- atizaban sutilmente la pugna; don Fadrique, de Toledo, negociando ala vez con ambos moros y sin empeñarse por ninguno, y luego Gonzalo de Córdoba, alcaide de mora, y Martín de Alarcón, que regia Moclin, apoyando sin rebozo a Boabdil cuando vieron casi perdida su causa e impidiendo con promesas y ofrecimientos la reconciliación de los dos partidos.

Así caminaban los españoles musulmanes resueltamente hacia su ruina. De nada les servía el heroísmo que a manos llenas derrochaban, pues mal aconsejados por sus ambiciones y atentos sólo a sus particulares miras, no veían la lenta agonía de su patria y que cada uno de los que morían a manos hermanas era un sillar que se desmoronaba de la ya maltrecha fortaleza opuesta a los cristianos, que sobre ser

más numerosos, tenían la ventaja incomparable de la eficacia que da la unidad de mando y de sentir.

## 7. TOMA DE VÉLEZ. LOS CRISTIANOS ANTE MÁLAGA

En abril de 1487 salió de Córdoba don Fernando con su ejército. El objetivo era muy claro: Vélez-Málaga, situada sobre el mar, en tierra muy fértil, y que una vez ganada aislaría las dos primeras ciudades del reino: Granada y Málaga, pues por el mar las escuadras cristianas mantenían un riguroso bloqueo.

Se emprendió la marcha que duró nueve días, penosísimos por un recio temporal de aguas que volvía intransitables los pésimos caminos de la sierra, y al fin acampó se frente a la ciudad, mientras se acercaron a su puerto las galeras.

Hubo escaramuzas sangrientas, y en una de ellas por poco pierde la vida don Fernando, quien con gran heroísmo metióse casi desarmado por entre los enemigos. El actual escudo de Vélez-Málaga, recuerda la hazaña.

Acudió el Zagal desde Granada en su socorro, pero fué derrotado por el marqués de Cádiz y el conde de Cabra. Unido este descalabro a la llegada de un poderoso tren de artillería cristiana, aceleró la rendición de la ciudad, a la que el Rey otorgó las mismas generosas condiciones que la Loja.

El vencido Zagal volvía hacia Granada, pero vista su mala ventura, el pueblo casi entero se pasó al partido de Boabdil, visto lo cual tomó el camino de Guadix donde aun tenía parciales.

A principios de mayo, tras fracasar negociaciones de entrega pacífica, y tras durísimo combate en un valle dominado por el castillo de Gibralfaro y una altura ocupada por los moros, presentó se el Rey ante Málaga, ciudad bien murada y artillada y con dos fuertes castillos: el ya nombrado y la alcazaba. Defendíala Hamet Zegri con sus gomeles, ya cuantas propuestas se le hicieron respondió con altivez y energía.

Rodeóse la ciudad por mar y tierra y se emplazaron numerosas bombardas. Protegía al ejército un foso y un parapeto, los preparativos eran, pues, para un largo sitio. Y largo fué: duró casi cuatro meses.

## 8. COMIENZA MAL EL SITIO DE MÁLAGA. DESÁNIMO DE LAS TROPAS. LLEGA ISABEL

Creyó quizá rey Fernando -y sin quizá sus gentes- cosa fácil la empresa. Pronto la realidad -y Hamet Zegri- les hicieron cambiar de idea.

A la artillería cristiana oponía la suya, jugada con tanta destreza que impedía todos los trabajos de fortificación y hasta obligó a retirar la tienda real que con sus banderas era blanco predilecto de los artilleros.

Fracasaron dos audaces asaltos cristianos, pues los defensores volaron el torreón ganado en el primero y exterminaron en las calles arrabaleras a cuantos habían logrado franquear la muralla, en el segundo.

Al ímpetu inicial, sucedió el desánimo: la ciudad era fuerte, no podría expugnarse; y en las hablillas de campamento se recordaba el primer sitio de Loja. Comenzaron los desertores y los tránsfugas...

Don Fernando -buen conocedor de personas -recurrió al remedio de siempre: escribió a la Reina que estaba en Córdoba, ya los pocos días entraba en el campamento con su hija y sus damas. y se acabaron como por encanto los desánimos y las tristezas.

Tras una nueva intimación a la entrega -rechazada con ira por Hamet- rompió contra la ciudad toda la artillería a un tiempo: los cristianos peleaban contemplados por su Reina y sus damas, y Málaga estaba perdida sin remedio; prolongó su heroica agonía, pero no pudo evitar lo inevitable.

#### 9. DENTELLADAS DE HAMET ZEGRI. UN SANTÓN QUE SE EQUIVOCA

La embajada de rey Fernando era de aquellas del pan y del palo: o entregaba la ciudad por las buenas- con capitulación honrosa- o se ganaba por las malas, y entonces ¡ay de los vencidos!: o muertos o esclavos.

La población civil, que quería la paz a toda costa, envió ancianos prestigiosos a persuadir a Zegrí de que se diese a partido. Éste les escuchó con mucha calma; llamó a sus gomeles, llevó a los delegados a la plaza de la ciudad: les cortó el pescuezo a todos.

Ya los enemigos de fuera, tampoco los descuidaba, organizaba súbitas arremetidas nocturnas y había que estar en el campo cristiano siempre con el arma al brazo; pero, a pesar de todo, el cerco se estrechaba y auxilios de fuera no venían: Boabdil destruyó una expedición de socorro que enviaba el Zagal, por si no fueran bastante los cristianos.

Por aquellos días, Abraham el Gerbí, santón de Guadix, tuvo una idea. y no era del todo mala: levantar el sitio de Málaga quitando de en medio a los Reyes. y dicho y hecho; con su inflamada oratoria persuadió a cuatro centenares de gomeles- quienes para empresas de valor y audacia eran fáciles de persuadir -y cayó como una granizada sobre el campo cristiano. Tal fué la sorpresa, que la mitad pasaron. Los otros pagaron con la piel, y Abraham fué hecho prisionero mientras rezaba con brazos y ojos hacia el cielo. Dijo tenía graves asuntos que contar a los Reyes, y visto su aspecto inofensivo le llevaron a ellos. Pero los Monarcas dormían la siesta, y como por un pelagatos como aquel morillo no era cosa de despertarles, le dejaron en la tienda contigua, en que jugaban tranquilamente a las damas doña Beatriz de Bobadilla y don Alvaro de Portugal, pariente de la Reina. El lujo de sus trajes y joyas y lo rico de la tienda, despistaron al moro: los creyó los Reyes, pidió un vaso de agua y mientras fingía beberla, sacó un puñal e hirió a don Alvaro en la cabeza; tiró otra cuchillada a la Robadilla, pero se enredó en los adornos del vestido; quiso repetir la suerte, mas se aceleró y tropezó el arma en un palo de la tienda, y el bueno del santón fué a pensarlo mejor al otro mundo, acribillado de estocadas.

Al ruido despertaron y acudieron los Reyes, don Fernando, muy galán, envuelto en la colcha de la cama. Escaparon de buena. Al santón, mediante una catapulta, le mandaron por los aires a Málaga. Los malagueños recogieron la alusión: mataron a un hidalgo gallego que tenían cautivo, le trincaron aun borrico y así llegó, pian pianito, al campo cristiano.

#### 10. LOS ÚLTIMOS ZARPAZOS. SE RINDE LA CIUDAD

Faltaban víveres en Málaga y crecía la fuerza sitiadora. De nuevo los ciudadanos quisieron persuadir a Hamet Zegrí de lo loco y estéril de su empresa. Esta vez, en lugar de degollarles, les dió buenas razones, pues los tiempos habían cambiado, y hablóles de un esfuerzo supremo que les traería el triunfo. Y cumplió lo que dijo, atacando fieramente las líneas cristianas, pero fué inútil su heroísmo: sólo consiguió cambiar en muertos los futuros cautivos. Ni aun osó entrar en la ciudad, y acogió se a Gibralfaro con sus gomeles.

Los malagueños quisieron rendirse al Rey; pedían vidas y haciendas, pero era ya tarde y sólo consiguieron las vidas, pero esclavos; yeso porque Isabel



intervino enérgicamente, pues el común sentir de los caudillos fué exterminarlos a todos.

La ciudad se rindió (20 de agosto), y ¡qué remedio le quedaba!, y sus mismas gentes aprisionaron a Hamet Zegrí, quien conservó toda su entereza en tan duro trance. Las sinagogas de Castilla y Sevilla rescataron a los judíos a treinta doblas por cabeza, que era la tasa fijada. Los moros, como nadie pagó por ellos, quedaron todos esclavos. Cien gomeles fueron enviados como presente al Papa, quien logró hacerlos cristianos en pocos meses y los incorporó a su guardia.

## CAPITULO VII

### **Fin de la Guerra de Granada**

#### 1. BAZA

Según lo pactado con Boabdil, los cristianos estaban en paz con las gentes de la ciudad de Granada y sus aledaños, que le seguían no de muy buena gana, y para afianzarle enviaron una ropa mandada por Gonzalo de Córdoba. Seguía, pues, la hábil política de hacer eternas las luchas civiles moras.

Con el Zagal, en cambio, proseguían la guerra y durante la campaña anual (1488) ganáronse sin resistencia algunas plazas: Vera, los Vélez, Castilleja. A la primavera siguiente, comenzó la guerra con nuevos bríos y, tras algunos tropiezos, dióse vista a Baza, ciudad muy importante, defendida por la naturaleza y sus castillos.

Mandaba en ella Cid Hiaya, cuñado del Zagal, quien estaba en Guadix a la expectativa de las maniobras de Boabdil. Era Hiaya un caudillo experto y previsor, y su primer cuidado fué acopiar en la ciudad cuantas provisiones halló en los contornos: mataba así dos pájaros de un tiro, pues se abastecía y privaba de recursos a los cristianos. La primera escaramuza, por lo enmarañado del terreno desanimó a los cristianos, no obstante haber obtenido un exiguo triunfo haciendo replegarse a la ciudad a los moros. Pero pensaron, y con razón, que otro día podían ser menos afortunados. Don Fernando reunió a los capitanes: unos abogaron por levantar el cerco, otros -los menos- por continuarlo a todo trance. El Rey, como siempre, consultó a Isabel, que se hallaba en Jaén, y ella, como siempre también, púsose junto a los audaces.

Continuó, pues, el sitio, dividido en dos campamentos el ejército; se hicieron obras de tala, porque la abundancia de bosque impedía los movimientos de la caballería; pero los moros no renunciaron así como así a esa ventaja, y había que combatir mucho para cortar unos pocos árboles, y se tardó siete semanas en la empresa.

#### 2. REBATOS y ALGARADAS. LA EMBAJADA DEL GRAN TURCO

El Zagal hacía imposibles por auxiliar a los de Baza, pero los cristianos estaban ojo avizor y aniquilaban una tras otra las expediciones. En uno de estos encuentros, como vacilase un escuadrón ante la avalancha de moros, Hernán Pérez del Pulgar -después llamado " el de las hazañas" -simple escudero entonces, animó a los fugitivos y, amarrando una toca blanca en su lanza, a guisa de bandera, metióse por entre los enemigos. Repuestos sus compañeros, siguiéronle y alcanzaron victoria, entrando en el campamento con abundante botín de guerra. El Rey armóle caballero y le dió por escudo un león blandiendo una lanza con la toca prendida en la moharra.

Esto era el pan nuestro de cada día, pues Cid Hiaya, hombre de arrestos, no desmayaba nunca.

Por entonces llegaron al real cristiano dos frailes franciscos con embajada del Gran Turco, quejándose de la guerra que los Reyes hacían a los moros de Granada, mientras él protegía a los cristianos de los Santos Lugares, y amenazando con represalias en ellos y en los templos si los Reyes no suspendían la guerra. La embajada venía recomendada a los Monarcas por Su Santidad.

Respondieron éstos con moderación que los mahometanos poseían injustamente las tierras de España y que sólo peleaban contra ellos por cobrar territorios que de derecho les correspondían, protegiendo por otra parte a los musulmanes que se sometían a su dominio, quienes bajo su amparo continuaban con su religión y costumbres. La Reina envió con los dos frailes un velo bordado por ella para cubrir el Santo Sepulcro y prometió un donativo anual para el culto de los Santos Lugares.

### 3. GENTILEZAS MORAS y CRISTIANAS. EL MILAGROSO INFLUJO DE ISABEL

La guerra era dura en las colinas que rodean a Baza; venían las lluvias a pasos de gigante y la vida bajo las lonas del campamento se hacía penosísima. Isabel velaba siempre por los suyos: nada les faltaba, pues harto sabía ella de los menudos dolores de la guerra que abaten más los ánimos que los cruentos choques de las batallas. Y el milagro de mantener un gran ejército con las arcas del Tesoro vacías, prolongábase meses y meses. Fué entonces cuando empeñó sus joyas en las "tablas" de Barcelona y de Valencia, con sólo una condición: que se las prestasen ciertos días para ostentarlas en las fiestas públicas, sosteniendo el ánimo de los suyos con tan piadoso engaño. Sus damas imitaron el ejemplo, y las alhajas que guardaban tantas ilusiones y recuerdos, trocáronse en pan para el soldado. También las moras andaluzas emuláronlas, y allí fueron las ajorcas, zarcillos y sartales de perlas de las damas de Baza para aliviar a sus guerreros, diciéndose - con el sublime estoicismo de su raza -: "Si somos vencedores, ya las recuperaremos, y si vencidos, ¿para qué quieren joyas los esclavos?".

Llegaron torrenciales las lluvias que se temían, y aun cuando los cristianos procuraron hacer más halladeras sus chozas cubiertas de ramaje, no pudieron lograrlo y, además, los caminos, vueltos verdaderos pantanos, imposibilitaban el envío de víveres. Cundió el desánimo, y hasta don Fernando pensó en alzar el cerco: otro fracaso, otro año perdido.

Pero la Reina adivinó el peligro y, vencidas fatigas y riesgos, presentóse ante Baza. y con ella llegó la alegría, el contento a todos; parecían otros hombres y daban ya por ganada la empresa.

Revistó a los pocos días al ejército, rodeada del Rey y de sus capitanes, entre aclamaciones y vibrar de las banderas cada día más gloriosas. Tal fué el alborozo, que los moradores de Baza, miraban atónitos desde las murallas.

Quiso la Reina ver las fortificaciones y, como estaban batidas por los ingenios de guerra moros, el marqués de Cádiz, que conocía bien el paño y sabía cuán caballeresco era Cid Hiaya, pidió una tregua, explicándole el motivo. Aceptó el príncipe moro de buen grado y extremó su cortesía hasta el punto de, cuando Isabel corría las trincheras cristianas, presentarse con todas sus gentes con los estandartes tendidos, tañendo músicas guerreras y, llegados ante la Reina,

simularon un combate los infantes y los caballeros un torneo, dejando a todos asombrados.

Y he aquí el influjo milagroso de Isabel: antes de su llegada, la guerra era áspera, dura, enconada. Bombardas y ballestas lanzaban su mortífera carga sin cansarse, las escaramuzas eran cosa habitual; en una palabra, se luchaba con nobleza, pero a muerte. y con su sola presencia enmudeció la artillería en uno y otro campo, no se volvió a pelear más y Cid Hiaya, viendo lo estéril de su esfuerzo, entendiéndose con los cristianos; la capitulación fué honrosa: respetáronse vidas y haciendas, y los vencidos quedaron en libertad de vivir como mudéjares bajo el amparo de los Reyes, conservando su religión y costumbres. Los defensores saldrían de la ciudad con honores de guerra, colmados sus jefes de mercedes.

Así se cumplió y los Reyes entraron en Baza el 4 de diciembre de 1489.

Cid Hiaya fué muy favorecido por la Reina, quien ejercía en él una gran influencia, tanta, que el príncipe moro adjuró a poco de su religión y tornóse cristiano. Y no sólo él, sino sus capitanes prefirieron servir a tan nobles monarcas en vez de al indolente Boabdil.

#### 4. SUMISIÓN DEL ZAGAL.

Cid Hiaya visitó en Guadix al Zagal, viejo y enfermo, y llevó al ánimo del cansado guerrero la persuasión de que era inútil luchar contra el Destino, y que debía acogerse a los Reyes, magnánimos con los vencidos. Y el anciano comprendió que la hora fatal de los españoles musulmanes había sonado y todo se desmoronaba: aquello era el fin...

Y pactó la entrega de cuanto tenía, Guadix y Almería con sus tierras. Los Monarcas le conservaban el título de Rey y le daban en señorío perpetuo el valle de Lecrín y la taha de Andarax con dos mil mudéjares por súbditos.

Se encontraron ante Almería ambos reyes. Como aun igual le trató Fernando, ya la derecha del moro hizo su comida, servidos cada uno por dos gentileshombres castellanos. Regresó el Zagal a la ciudad a preparar la entrega; al otro día entró en ella Gutierre de Cárdenas y al siguiente el Rey. Llegó después Isabel con su séquito y, cambiadas finezas por ambas partes, moros y cristianos -españoles todos a fin de cuentas- fraternizaron en monterías y paseos como si nunca hubieran sido enemigos.

Y entretanto se preparaba la entrega de Guadix. Allá fué el Zagal y halló sobresaltado al pueblo, pero calmóse pronto viendo el buen ánimo de los vencedores, y los Reyes entraron el 30 de diciembre. El año terminaba bien: habían perdido veinte mil hombres -la cuarta parte de su ejército-, pero a la granada le quedaban muy pocos granos por arrancar, y ya se sabe que el forjar una patria exige trágicos sacrificios; por eso es tan sagrada y tan grande.

#### 5. ANTE GRANADA

Recordó rey Fernando a Boabdil la condición con que le dejó en libertad tras la rota de Lucena: que, ganado Guadix, entregaría la ciudad de Granada y sus tierras, y con el título de duque o marqués y algunos pueblos en señorío se establecería en aquélla. El moro procuró evadirse, no sólo por lo triste de la cosa, sino porque le era imposible entregar sin defensa una ciudad tan fuerte como su capital, y que con los refugiados procedentes de las villas conquistadas por los cristianos había aumentado considerablemente en población, y no como quiera, sino de gentes que habiendo perdido en la guerra deudas y bienes, odiaban de todo corazón a los cristianos.

A tal respuesta, don Fernando hizo llegar a Granada las capitulaciones de Loja, y consiguió que el pueblo se amotinase contra su Rey y que a los gritos de traidor y cobarde invadiese la Alhambra. Boabdil debió entonces su vida a la adhesión de los nobles, que contuvieron la marejada de los rebeldes, pero ya no tuvo más remedio que guerrear con los cristianos, que era lo que él procuraba evitar cuanto podía, haciendo algunas afortunadas algaras por tierras fronterizas.

La respuesta fué que don Fernando entróse por la Vega hasta cerca de las murallas de la ciudad, taló las mieses durante treinta días, y tras varias escaramuzas se retiró a Córdoba.

Tras esta retirada obtuvieron los moros algunas ventajas parciales y, animados por la victoria, atacaron a Salobreña, escasamente defendida. Les interesaba por ser pueblo de la costa y poder así procurarse comunicación con África. Fracasaron, no obstante su ímpetu, por el heroísmo de Hernán Pérez del Pulgar, que se introdujo por sorpresa en la plaza con sesenta escuderos armados de ballestas y espingardas, y por la oportuna llegada de los condes de Tendilla y Cifuentes. Retiráronse más que aprisa los moros, y don Fernando entró de nuevo en la Vega, talando por quince días las cosechas (septiembre 1490) volviéndose después a Córdoba.

## 6. HEROÍSMOS y GALANTERÍAS.

Si bien la campaña anual había terminado, no así las luchas parciales entre las guarniciones fronterizas a quienes se les hacia demasiado largo el reposo del invierno.

A Hernán Pérez del Pulgar, que ganó su fama a fuerza de hazañas, se le metió en la cabeza nada menos que incendiar a Granada, y como era de los de dicho y hecho comen en mi mesa, con quince compañeros cayó en la ciudad. Entraron de noche, por donde Dios les dió a entender, y Hernán, con su puñal, clavó en la puerta de la mezquita mayor una cartela con el lema " A ve María" en grandes letras. Metiéronse luego por la Alcaicería, o barrio de los mercaderes, y cuando encendían un haz de leña para empezar la quema, vieron venir una ronda de moros; fuéronse a ella y no dejaron títere con cabeza, saliendo al galope una vez consumado hacia el campamento, adonde llegaron sanos y salvos.

También merece contarse una gentileza del conde de Tendilla. Supo que Fátima, una sobrina de Aben-Comixa, noble moro, pensaba embarcar para Tetuán con cuyo Alcaide iba a desposarse. La esperó en la sierra y la hizo prisionera con toda su escolta. Llevóla a Alcalá la Real- de donde era frontero, esto es, Gobernador militar del distrito -tratádoles con su nobleza acostumbrada. A poco llegaron enviados del tío, con carta de Boabdil para el Conde, ofreciéndole por ella los cien cautivos cristianos que prefiriese de los que había en Granada.

Pero a caballero nadie ganaba a Tendilla; la respuesta fué escoltar a la bella cautiva hasta las murallas granadinas, dejándola en libertad tras regalarle ricas joyas.

El Rey moro, reconocido, libertó a más cautivos de los que ofreciera, y Aben-Comixa fué en adelante un buen amigo del Conde, quien con Gonzalo de Córdoba fueron quizá los guerreros que más combatieron a los moros y, sin embargo, fueron los más queridos de ellos. De entonces debe datar aquel refrán: no quita lo cortés a lo valiente.

## 7. LAS ÚLTIMAS LANZADAS AL MORO CASI MUERTO.

Cuando pasó el invierno, avanzó don Fernando sobre Granada, acampando (abril 1491) en la Vega, a dos leguas de la ciudad. Le seguía un ejército de cincuenta mil hombres.

El Rey era tan sagaz capitán como político, y comprendió que tomar por las armas plaza tan fuerte- tenía tres leguas de muralla y mil treinta torres -era peligroso en cuanto al resultado, y aun en el caso de victoria sería ésta sumamente cruenta; optó, pues, por reducirla por hambre, talando las tierras de las cuales recibía vituallas y socorros, lo que logró tras porfiada lucha, y plantó por última vez sus tiendas casi en las mismas puertas de la villa.

Poco después llegó al real Isabel con el príncipe don Juan y las Infantas, trayendo como siempre la alegría y el ánimo a los soldados. Y como siempre también, se notó su influencia: la guerra -sin dejar de ser dura- parecía un torneo caballeresco, con retos y desafíos entre los paladines de uno y otro bando: tal el famoso del moro Tarfe -que trajo arrastrando de la cola de su caballo el cartel del "Ave María" clavado por Pulgar en la puerta de la mezquita -a cualquiera de los campeones cristianos, aceptado por Garcilaso de la Vega, caballero novel entonces, quien le venció y le cortó la cabeza; y el combate de la Zubia, ocasionado por querer ver la Reina de cerca a Granada, y en que murieron casi todos los Zegríes, una de las más nobles familias moras.

#### 8. "SANTA FE".

En diarias escaramuzas prolongábase el sitio, pero una noche despertó la alarma al campamento cristiano; gritos y voces de mando mezclábanse a sonos bélicos, ya poco una gran hoguera se elevaba hacia el cielo. Todo era confusión e ir y venir de guerreros y de espantadas damas, y nadie sabía con certeza lo ocurrido. Pensóse en un rebato moro que había logrado prender fuego al real, y los moros por su parte miraban atónitos desde la muralla la enorme fogata y creían era un ardid de los cristianos.

La causa fué empero más sencilla: la imprevisión de una azafata que al retirar una luz que molestaba a la Reina, púsola, según parece, cerca de una cortina, la cual, movida por el viento, se prendió en la llama ya poco ardía la tienda real, y luego otras y otras... Por extraña fortuna, no murió nadie, no obstante la noche y la confusión.

Y lo que parecía un mal fué un bien, pues aceleró la rendición de la ciudad, como se verá más adelante.

Para evitar pudiese repetirse el suceso, y por si el sitio se prolongaba durante el invierno, decidieron los Reyes construir una ciudad para su ejército. Contribuyeron con donativos los grandes, la clerecía, las Ordenes Militares y las ciudades de Sevilla, Córdoba, Jaén, Andújar, Úbeda, Baeza, Écija y Jerez, y alzóse en poco más de dos meses y medio, en que cesaron casi por completo los combates. Era cuadrangular, casi cuadrada, y con cuatro puertas -lo mismo que Briviesca (Burgos), que sirvió de modelo -cortábanla en cruz dos anchas calles y tenía 400 pasos de larga por 312 de ancha.

Las tropas quisieron llamarla "Isabela", pero la Reina quiso llevara el nombre de "Santa Fe".

#### 9. LA RENDICIÓN DE GRANADA

A la vista de la recién nacida ciudad, y de lo que significaba, los granadíes desmayaron: no había ya esperanza, los cristianos no cejarían hasta ganar la ciudad.

Reunió Boabdil su consejo, y todos convinieron, entristecidos, en que era inútil toda resistencia, diezmada la gente, talados los campos. Decidieron pactar con los Reyes secretamente por temor al pueblo. Así se hizo, y ellos les concedieron una tregua de setenta días (5 octubre) para tratar de la capitulación, y encargaron de este asunto a su secretario Hernando de Zafra ya Gonzalo de Córdoba. Llevóse el trato con mucho sigilo, y al fin se convino en la entrega de la ciudad, con todos sus castillos, puertas y torres, a los Reyes, que se comprometieron a respetar las vidas y haciendas de los moradores, así como su religión, leyes y costumbres, habla, traje, etc. ; en tres años no habría impuestos, y pasado el plazo no podrían exceder de los que marca la ley musulmana. A Boabdil y los suyos se les aseguraba la posesión íntegra de todos sus bienes y se le señalaba a aquél un señorío en la Alpujarra. El plazo de entrega de la ciudad sería de sesenta y cinco días a partir del 25 de noviembre.

Cuando el pacto se supo entre el pueblo, estalló la rabia latente contra el desventurado Rey y sus consejeros. Veinte mil revoltosos, excitados por las predicaciones de un santón recorrieron las calles en actitud amenazadora y el desgraciado Rey tuvo que encerrarse en la Alhambra; desde allí escribió a los Monarcas rogándoles adelantasen la entrada en la ciudad. Así se hizo en 2 de enero (1492), en vez del 6 en que finaba el plazo.

Avanzaron el cardenal Mendoza y el comendador mayor de León, don Gutierre de Cárdenas, hacia la Alhambra, a tomar posesión del palacio, que Boabdil en persona les entregó.

Más abajo junto a la orilla del Genil, esperaba al rey moro don Fernando; quiso, al verle, apearse del caballo el vencido y besarle la mano, impidiólo, generoso, el cristiano, y Boabdille entregó las llaves de la ciudad, diciéndole: "Tuyos somos, Rey poderoso y ensalzado; éstas son, señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos que usarás de tu triunfo con generosidad y clemencia."

Prosiguió luego el triste Rey hacia Santa Fe; en el camino topó con Isabel, quien procuró consolarle de su desventura y le entregó a su hijo, guardado hasta entonces como rehén, junto con otros nobles jóvenes granadinos.

A poco rato, brilló en la torre de la Vela la cruz de plata del arzobispo de Toledo entre los pendones de Castilla y Santiago. Postráronse todos de rodillas y los sacerdotes entonaron el "Te Deum laudamus", hecho lo cual, fuéronse ala Alhambra, en cuyas puertas les esperaban Cárdenas y el Cardenal.

Visitado el palacio, volvieron a Santa Fe, donde moraron hasta el día de los Santos Reyes en que hicieron entrada triunfal en la ciudad por la puerta de Elvira.

## 10. FINAL

La guerra de Granada fué sin duda alguna la empresa más grande llevada a cabo por los Reyes; diez años de incesantes luchas llevaronla a feliz término. Aseguró la independencia nacional, dominando a los musulmanes precisamente en el momento en que el Islam se alzaba de nuevo más amenazador que nunca al expugnar Constantinopla los turcos, ya mayor abundamiento hizo posible nuestra expansión por el Africa mediterránea, malograda bien pronto por la política europea de los Austrias.

Causó sorpresa y júbilo en la Cristiandad. En Roma se celebró, aparte de las solemnidades religiosas, con representaciones y farsas alusivas, y hasta con una corrida de toros- "taurorum venatio" -.En el retablo de la Capilla Real de Granada y

en la sillería del coro de la Catedral toledana se representaron en bajorrelieve los principales episodios.

Y era comprensible tal entusiasmo; colocándose en el tiempo en que fué realizada, más parece obra de titanes que de hombres, ya su lado palidecen -tanto por el esfuerzo requerido como por los resultados- todas las demás empresas de los grandes Monarcas: la pacificación interior, las guerras de Italia y hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo, que en vida de los Reyes no era tal, sino un puñado de islas tropicales que costaban a la Corona de Castilla infinitamente más que le producían.

Por eso se ha tratado con más extensión que otras materias.

## CAPITULO VIII

### **El Santo Oficio y la Expulsión de los Judíos**

#### 1. EL SANTO OFICIO

El Santo Oficio, o séase la Inquisición, existía en nuestra patria desde varios siglos antes al advenimiento al trono de Isabel y Fernando, pero era con carácter local y muchas veces pasajero, lo que no impedía el rigor de sus procedimientos en muchas ocasiones. Los Reyes Católicos sólo hicieron darle unidad y someterle a normas jurídicas, primero en la Corona de Castilla y luego en la de Aragón.

En realidad, su acción era simplemente ilustrar a la justicia civil sobre los casos de herejía, que las leyes de entonces castigaban con pena de muerte, y cuyos ministros -el "brazo secular"- ejecutaban las sentencias.

No es este el lugar para hacer el examen del dicho tribunal, pero conviene advertir que ha sido sumamente calumniado en todo tiempo en los países afectos a la Reforma, con el fin de desacreditar al nuestro, olvidando de intento que el Santo Oficio existía también en las demás naciones europeas y que, además, el español y el portugués fueron en todo tiempo los más benévolos.

Por otra parte es necesario advertir que los procedimientos penales usados por él eran los corrientes en la época, si bien mucho más benignos y humanos que los de los tribunales ordinarios. Cuando las cárceles eran inmundas mazmorras, las prisiones del Santo Oficio estaban limpias y ventiladas y eran halladeras en lo que cabe, hasta el extremo que se hizo frecuente el caso -y hubo que tomar providencias para evitarlo- de condenados por otros delitos que se hacían reos de Inquisición para mejorar de cárcel y trato.

No hay, pues, que buscar el mal en la actuación del tribunal, sino en las leyes que, considerando delito penable la herejía, fueron causa de su establecimiento.

#### 2. SU IMPLANTACIÓN EN LOS ESTADOS HISPANOS

En la práctica, el tribunal iba dirigido contra los judíos a quienes odiaban profundamente los pueblos cristianos de entonces. y más aun contra los conversos o cristianos nuevos (judíos que abrazaban el cristianismo) , llamados despreciativamente "marranos", que por aquel acto se hallaban en condiciones de aspirar a los puestos más altos de la nación, y de hecho los desempeñaban, lo que despertaba aún más la envidia de la plebe.

Los Reyes se veían en constante conflicto para defenderles de los cristianos sublevados, teniendo que emplear muchas veces la fuerza contra éstos para restablecer el orden, lo que hacíaes impopulares entre sus súbditos. Por otra parte,

los judíos tampoco eran buenos, y con su avaricia y sus inclinaciones al agiotaje y acaparamiento, ocasionaban muchas veces la subida de precio de los mantenimientos y otros artículos necesarios, y ello contribuía a enconar los ánimos y, unido al fanatismo religioso, traía por secuela el saqueo de las juderías.

No debió ocultarse a la mirada de príncipes de tan fino instinto político como Isabel y Fernando esta circunstancia, y viendo que el mal era incurable, buscáronle paliativos, esto es, abriéronle un cauce legal, con lo que los perjudicados eran infinitamente menos- sólo en el saqueo de la judería sevillana en 1391 hubo más de cuatro mil víctimas -y todos culpables, según las leyes de entonces, y se evitaban los vandalismos de tales algaradas en que, como es de suponer, ardía verde por seco y pagaban justos por pecadores.

Estos móviles -aparte de su acendrada fe religiosa -fueron sin duda los que decidieron a los Reyes a implantar la Inquisición, no sin tristeza y resistencia por parte de Isabel a quien toda crueldad repugnaba, procurando, aún en el último momento, reducirlos por la persuasión, criterio en que abundaba también el entonces arzobispo de Sevilla, cardenal Mendoza.

Pero no juzgándose eficaces estos procedimientos, menudearon los ruegos a los Reyes pidiendo el pronto restablecimiento de la Inquisición antigua y, al fin, éstos nombraron en Medina del Campo (17 septiembre 1480) los primeros inquisidores, Fray Miguel Morillo y Fray Juan de San Martín, ambos dominicos, autorizándoles para implantar el Santo Tribunal en Sevilla, la ciudad de la Corona castellana en que más preponderancia tenían los cristianos nuevos.

Costó su establecimiento una sublevación en la urbe, que, descubierta antes de que estallara, fué reprimida con energía, ardiendo en el quemadero de Tablada los principales cabecillas, todos gente muy principal, entre ellos tres caballeros veinticuatro, o sea regidores del Ayuntamiento.

Con igual hostilidad fué acogida en Toledo, donde Gómez Manrique, que era entonces corregidor, viendo el enorme número de los comprometidos, ahorcó tan sólo al más culpable, que resultó ser un bachiller, trocando los otros castigos por penas pecuniarias.

Si en Castilla se la recibió mal, peor aun en Aragón (1484) donde abundaban los cristianos nuevos, ricos y emparentados con familias de alcurnia. Intrigaron una vez y otra con el Rey, alegando que el Tribunal se oponía a los fueros del reino, pero Fernando estaba decidido y nada logró disuadirle.

Tal actitud exaltó los ánimos y dió por resultado el asesinato de Pedro Arbués; primer inquisidor de Aragón, en la Seo de Zaragoza (15 septiembre 1485). El pueblo se amotinó y quiso exterminar a todos los conversos, teniendo que mediar el Arzobispo que recorrió las calles recomendando paz.

Se siguieron varios autos de fe, con su cortejo de sambenitos (sacos benditos) y penitencias, y los autores del crimen y sus cómplices fueron duramente castigados.

### 3. HACIA LA EXPULSIÓN

Nombrado inquisidor general Fray Tomás de Torquemada, centralizó la institución: tuvo un formulario común -las "Instrucciones" -inspiradas en las de la Inquisición antigua, que recopiló Eymerich en el siglo anterior, y un consejo supremo presidido por el inquisidor general e integrado por tres eclesiásticos, dos de ellos doctores en leyes, como asesores, quienes salvaguardaban los intereses reales en las confiscaciones, inherentes casi siempre a los delitos de herejía.



Como es natural, esta dirección única hízola mucho más eficaz; los cristianos nuevos, temiendo por vidas y bienes, y en el mejor caso por su tranquilidad, huían de las tierras reales a refugiarse en las de señorío, pero lo prohibieron los Monarcas, quitándoles con ello la última esperanza de poder residir en paz en su patria. Huyeron entonces a Portugal, Francia, Navarra e Italia, quedando de cuatro a cinco mil casas desiertas en Andalucía.

Pero ni aun con ello dábese por satisfecho el odio popular; propalábanse mil historias respecto a profanación de hostias consagradas y martirios de niños cristianos por judíos y por conversos. La mayor parte de las veces eran puras leyendas, pero en un pueblo crédulo y mal dispuesto contra los hebreos, cobraban más y más cuerpo. Únase a esto el que nadie creía en la sinceridad de sus conversiones, siendo el común sentir -aún en los círculos más ilustrados- que todos judaizaban, es decir, continuaban practicando su religión primera, secretamente en el seno de sus familias, pues tenían fama, y bien ganada, de taimados, y al echarles en cara su falta de ánimo al no morir por su fe en vez de apostatar, respondían -según la voz popular- que la Ley no les había sido dada para morir por ella, sino para vivirla con gusto y alegría durante muchos años.

Esta doblez -exagerada por el odio- hacia crecer la desconfianza y el recelo: todos los males que acaecían se les achacaba, y hasta llegó a suponer el vulgo que los hombres tenían rabo como los diablos y las mujeres gusanos en la boca desde los veinticinco años.

#### **4. LA EXPULSIÓN**

**Descubrióse por entonces el martirio del llamado Santo Niño de la Guardia, que fué crucificado (1489) en una cueva en las inmediaciones de este pueblo (provincia de Toledo) por judíos y cristianos nuevos reunidos, para con su sangre y una hostia consagrada que les entregó el sacristán del lugar, hacer un conjuro contra los inquisidores.**

**Cuatro de los autores -los otros habían muerto- fueron quemados en Avila e] 16 de noviembre de 1489, y fué tal la excitación popular, que los Reyes tuvieron que amenazar con severas penas a cuantos cristianos maltratasen a los judíos en personas o haciendas.**

**Isabel y Fernando perdieron la esperanza que acaso habían tenido de que con la Inquisición se aplacaría la enemiga popular contra los hebreos, y no hay que olvidar, por otra parte, que sus sentimientos religiosos eran los usuales en su siglo, es decir, mucho más intransigentes que los de ahora. Ambas causas unidas motivaron sin duda el célebre decreto del 31 de marzo de 1492 ordenando que todos los judíos no bautizados se ausentaran de sus reinos en el espacio de cuatro meses, permitiéndoles en este tiempo realizar rodos sus bienes en completa libertad. Esta medida completóse con otra que prohibía a los israelitas expulsados de España retornar a ella aun cuando luego se hubiesen convertido. Tal proceder era cruel en extremo, y parece ser se pensó en un principio aplicar el decreto sólo a la Andalucía; si alguna disculpa tiene es que seguramente fué necesario para evitar males mayores: los saqueos de las juderías, que se veían venir y que revivirían los horrores acaecidos en la Aljama de Toledo y el Call de Barcelona, cuando fueron *gaziados* por los cristianos.**

Acaso también pensaran los Reyes sería pequeño el número de los que por no abjurar de su Rey se resignaran a desterrarse de una patria en que tantos siglos

llevaban, perdiendo además la mayor parte de sus bienes. Se equivocaron si así fué: aquellos desgraciados demostraron más , entereza de la que se esperaba, y partieron, cuéntase, hacia los diversos puertos donde les aguardaban los navíos que habían de desperdigarlos por lejanas tierras, cantando y tañendo panderos y adufes las mujeres "para alegrar a la gente"; pero a pesar de los pesares, eran tan grandes su dolor y miseria, que hasta los mismos que les odiaban terminaron por compadecerles.

Se desparramaron por toda Europa y Norte de Africa; dondequiera eran mal acogidos e inicuaamente saqueados. En los dominios del Gran Turco fué donde hallaron algo de arrimo, y allí han continuado siglos y siglos con las costumbres que de aquí llevaron, orgullosos de su origen, conservando la lengua castellana "en la cual habla Dios con los ángeles", según ellos dicen y añorando siempre la patria perdida, más amada de ellos que la vieja Sión.

Aun sus comunidades y sinagogas -hasta las nuevamente fundadas- llevan títulos españoles: *Castillana, Portuguesa, Aragonesa, Cordovana, Catalanes, Mayor, Sevilla*; aun llevan, hombres y mujeres, nombres españoles de un delicioso español arcaico, ellos: *Bienviniste, Climente, Caro, Donoso, Galano, Querido, Presente, Santo*; y ellas: *Angela, Amada, Alegría, Blanca, Albahaca, Bella, Esmeralda, Delicada, Galana, Flor, Ferosa, Perla, Noble, Niña, Palomba, Reina, Sol, Ventura, Vida...*

## CAPITULO IX

### **El Descubrimiento de América**

#### 1. UNA LOCA EMPRESA QUE ENCUENTRA VALEDORES

No cabe en los límites de la presente biografía tratar con la extensión que se merece este magno acontecimiento, que, por otra parte, ha sido ya estudiado en la misma colección detenidamente.

Habrá, pues, que concretarse a exponer en breves trazos la influencia personal de la Reina, mucho más honda y conmovedora, despojada de los efectismos con que la nimbó una leyenda en exceso romántica.

Sabida de todos es la negada de Colón, hambriento y descorazonado al convento de Santa María de la Rábida (1485), desechado su proyecto en Portugal, solar de los navegantes más audaces y expertos de entonces. La decidida protección de Fray Antonio de Marchena, gran cosmógrafo, que le proporcionó cartas para Fray Juan Pérez, guardián del convento y confesor de la Reina, el cual le puso en relación con el poderoso don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli que le acogió proponerle realizar la expedición por su cuenta, teniendo que desistir ante las inauditas pretensiones de Colón: título de almirante para él y sus herederos, y de virrey de las tierras descubiertas, que el Duque, a pesar de su buena voluntad, no podía concederle.

Urge, pues, rectificar una leyenda que denigra a nuestro país: Colón, lejos de ser desdeñado, fué recibido aquí con los brazos abiertos, como lo prueba la acogida de la Rábida y el que de buenas a primeras tratase de poder a poder -siendo un "indocumentado" como se diría ahora- con el más rico y linajudo de los magnates de España, próximo pariente de los Reyes. Como se ve, si el descubrimiento se retrasó siete años, en los cuales según él dice "pasó frío y hambre" -lo que además no parece cierto- fué exclusivamente debido a su excesiva ambición, pues de haber propuesto condiciones parecidas a las de los descubridores de entonces, se habrían

aceptado con entusiasmo por el generoso Medinaceli, que a pesar de todo continuó dispensándole su protección y recomendó a la Reina.

## 2. UNA REINA POBRE, DE GRAN CORAZÓN

Obtuvo Colón una audiencia de los Reyes en Córdoba (1486), donde estaban preparando la campaña anual contra los moros granadíes. Le oyeron benignamente, pues les habían hablado en su favor personas de gran mérito y de toda su confianza: el Contador Mayor de Castilla Alonso de Quintanilla, Fray Hernando de Talavera -confesor de la Reina-, el cardenal Mendoza y la marquesa de Moya -la Bobadilla-, la mejor amiga de Isabel. La Reina encargó a Talavera la formación de una junta, presidida por él mismo, a fin de que examinara el proyecto, sometiendo a los Monarcas su informe. Hizo más aún -teniendo en cuenta la situación angustiosa del Tesoro-, socorrió con relativa largueza a Colón, y este auxilio continuó, por lo menos, hasta 1489.

La junta -integrada por cosmógrafos y marinos- no rechazó al navegante como se ha dicho, indicó solamente a los Reyes su opinión de diferir la empresa hasta haber terminado la guerra con los moros, lo que en su fuero interno es fácil fuese la opinión de los Reyes, pues todos los recursos eran pocos para una guerra tan erizada de obstáculos como la de Granada.

En cuanto a la famosa junta de Salamanca, en la cual, según la leyenda, dejó Colón patidifusos primero y suscitó la ira de los doctores después, diciendo entre otras novedades que la Tierra era redonda -cosa sabida por los sabios españoles desde hacía muchos años-, parece ser no se realizó jamás, por suerte suya, pues era muy inferior en conocimientos geográficos a sus hipotéticos antagonistas.

## 3. IMPACIENCIAS y EXIGENCIAS

La guerra duraba demasiado -en el sentir de Colón- y tras seguir a la Corte varios años, empezó a desanimarse y pensó marchar a ofrecer sus planes al rey de Francia. "Pasó por la Rábida a recoger a su hijo Diego; el guardián del convento, Fray Juan Pérez, le persuadió de que hiciese "una nueva tentativa, y escribió a la Reina, apoyando calurosamente el proyecto. Hubo respuesta, y favorable. Llamaban a Colón a la Corte, acampada frente a Granada (octubre 1491) y la Reina hizo examinar por otra junta sus planes, esta vez en presencia misma del navegante. No llegaron tampoco a un acuerdo por lo exorbitante de sus demandas, y Colón se alejó definitivamente de la Corte, hacia Córdoba, con la muerte en el alma. Viendo el pleito perdido, hablaron una vez más en su favor a la Reina, la marquesa de Moya, Quintanilla y Luis Santangel, tesorero de la Corona de Aragón, un judío converso que no tenía pelo de tonto, e Isabel tuvo una de esas corazonadas en que tan pródiga es su vida, y le mandó llamar. Un alguacil alcanzó al futuro descubridor a dos horas de Santa Fe.

La empresa se llevaría a cabo por la Corona de Castilla, pero la de Aragón facilitaría los dineros, pero en préstamo y con garantía, pues don Fernando no quería arriesgar en aventuras los haberes de sus reinos, molesto sobre todo por lo desmedido de las exigencias del don nadie que era entonces Colón, y que eran nada menos que: 1° Empleo de Almirante a perpetuidad -él y sus herederos- en las tierras que descubriese en el Océano; 2° Sería Virrey y Gobernador de todas las dichas tierras; 3° La décima parte de todas las riquezas que de ellas se obtuvieran; 4° Ser el único juez en todas las causas surgidas del tráfico entre España y aquellos países; y 5° Poder contribuir a la octava parte del coste de los buques que fueran al descubrimiento, recibiendo la octava parte de los beneficios.

Miradas fríamente estas condiciones eran absurdas; equivalían a crear un Estado dentro de otro, y si la colonización o conquista eran prósperas, más poderoso que el de los Monarcas que le daban todo -hombres, naves y bandera- a cambio de un ensueño: llegar al reino del Gran Kan, que, donde él lo situaba -a setecientas leguas de la costa española- no podía hallarse, pues se empequeñecía en un tercio la Tierra, como claramente comprendieron los cosmólogos de entonces, y de una ciencia marina que, como se vió más tarde, era casi nula.

Se explica la frialdad de rey Fernando. Isabel no empeñó sus joyas para la empresa -ya lo había hecho antes para la guerra contra el moro-; hizo más, mucho más por su Dios y su España, cediendo a las condiciones leoninas, judaicas, de un desconocido.

#### 4. LA PARTIDA Y EL VIAJE

El 17 de abril se firmó el tratado, pero surgió otro problema: hallar naves y marinos. A Colón le conocían ya las gentes de Palos de Moguer, y poca o ninguna confianza les inspiraba; fué preciso que la familia de los Pinzón -ricos armadores y curtidos marinos- hiciese suya la empresa para que ésta fuese adelante.

Otra leyenda a deshacer: la nao y las carabelas que llevó Colón eran excelentes buques, de los mejores de entonces, y sus dotaciones -cántabros y andaluces atlánticos- la flor y nata de los marinos de Castilla; díganlo sino cuatro nombres gloriosos: el montañés -de Santoña- Juan de la Cosa, su tocayo Bermúdez y Vicente y Francisco Pinzón, hermanos del gran Martín Alonso, que iban en la flota como simples subalternos, y que luego, navegando por su cuenta hicieron descubrimientos de importancia. Nada, pues, de buques viejos tripulados por galeotes. Isabel, que en las empresas de la Corona era generosa en demasía no lo hubiese consentido.

No se han de repetir aquí las incidencias del viaje, olvidadas de puro sabidas: la Santa María, en que iba el Almirante, capitaneada por Juan de La Cosa, construida en Cantabria -en Escalante quizá- y tripulada por montañeses y vizcaínos; la Pinta, mandada por Martín Alonso, y de piloto su hermano Francisco Martín, y la Niña, la más chica de todas, sede del menor de los Pinzón, Vicente Yáñez -las gentes de las dos últimas eran andaluces- partieron del puerto de Palos el viernes, 3 de agosto de 1492 hacia la isla de la Gomera, desde la que se hicieron a la vela el 6 de septiembre, siguiendo el paralelo 28 Norte casi fielmente todo el viaje, pues contaba Colón encontrar tierra en esa ruta a las setecientas cincuenta leguas.

#### 5. LA SUPUESTA REBELIÓN

La navegación fué feliz, pero más larga de lo que él pensaba; el seis de octubre se habían pasado ya las setecientas cincuenta leguas que había marcado como límite a las gentes, y la tierra no parecía. Los de la Santa María estaban descontentos y sobre todo desconfiados de la pericia marinera del Almirante.. Eran lobos de mar cantábricos, cazadores de ballenas y endurecidos en las pesquerías de bacalao en Islandia y las tierras boreales de Europa -con gentes como ellos no hacia mucho que el conde don Pero Niño había quemado naves ante Londres-, les extrañaba aquel mar apacible, aquel cielo despejado y azul, tan opuesto a su mar ya su cielo; los más vehementes querían volver a su mar, a su tierra. Además, aquel Almirante caído del cielo, encerrado la mayor parte del tiempo en su cámara, y que a cada momento olía su collar de ámbar como una damisela, por repugnancia a los

malos olores de la nao, les parecía en su fuero interno un pobre diablo y muy poco de fiar.

Él, por su parte, colérico y suspicaz, desconfiaba de todo y de todos; desconfiaba de si mismo, creía tal vez haber perdido la ruta. Entonces habló de nave a nave con Martín Alonso, diciéndole que sus gentes se querían alzar contra él, y volverse, y qué le parecía debían hacer.

- "Señor, ahorque Vuesa Merced a media docena, o échelos a la mar. Y si no se atreve, yo y mis hermanos barlovearemos sobre ellos y lo haremos, que armada de tan altos Príncipes no había de volver atrás sin buenas nuevas."

Harto comprendieron todos que la amenaza semiseria de Martín Alonso era una de esas baladronadas con que los grandes caudillos animan a sus gentes decaídas, y todos, al ver la confianza del jefe sintieron nacer la suya. Colón, tranquilo ya, dijo entonces:

- "Martín Alonso, con estos hidalgos hayámonos bien -no hay que olvidar eran montañeses y vizcaínos: lo del tratamiento ante todo- e andemos otros ocho días, e si en estos no fallamos tierras, daremos otra orden en lo que debemos hacer tamaña navegación."

- "Agora partimos de la villa de Palos -dijo Martín Alonso- y ya Vuestra Merced se va enojando. Avante, señor, que Dios nos dará victoria que descubramos tierra, que nunca Dios querrá que con tal vergüenza volvamos."

- "Bienaventurado seáis", contestó Colón.

Y Vicente Yáñez, desde la Niña) remachó el clavo con una andaluzada heroica:

- "¿Hemos andado ochocientas leguas? Andemos dos mil, y entonces será tiempo de platicar sobre el regreso."

## 6. TIERRAS FELICES, MAS SIN ORO. EL REGRESO

Para algo sirvió la queja: las naos cambiaron (7 octubre) el rumbo Oeste por el Oessudoeste; el 9 se inclinó hacia el Sudoeste; el 10 y el 11, otra vez al Oessudoeste. Se ve que el Almirante titubeaba. Al ponerse el sol volvió a su rumbo del Oeste. Seguía el vuelo de las aves -unos loros-, según le aconsejó Martín Alonso, y como tantas veces habían hecho los portugueses. Viendo tales manejos, quizá alguno de los socarrones de la Santa María dijera al paso de don Cristóbal- que olía más recio su collar- como quien no hace la cosa, pero con voz más que suficiente para que le oyera bien, aquel zumbón refrán tan sabido en Castilla: "A ve de albarda, señal de tierra que no falla."

Por fin, la tierra le sacó de dudas: al amanecer del 12 la vió Juan Rodríguez Bermejo desde la Pinta, que como más velera ganaba siempre el barlovento a las otras. Era Guanahaní, una de las islas Lucayas, que no ha podido ser identificada. Colón creyó entonces -y perseveró en su error hasta su muerte- pisar países asiáticos.

Descubrió algunas islas más del archipiélago entre el que navegaba; puso luego proa al Sur y topó con Cuba, que llamó "Juana", en honor del príncipe don Juan. Las tierras eran hermosas y de apacible clima, pero las especias no parecían y el oro sólo se hallaba en cantidades irrisorias, y sus minas eran minas fantasmas, siempre estaban en otro punto de donde ellos llegaban, y los indígenas les enviaban tras aquel espejismo de unas islas a otras. Siguiendo tales informes, hizo rumbo al Este y descubrió Haití, que él llamó la "Española" (bueno será advertir que Martín

Alonso la había descubierto primero). Los indios que topaba eran en general tímidos y sumisos. Pero también vió y sostuvo escaramuzas con los caribes, crueles y antropófagos. Por un descuido embarrancó la Santa María en las costas de la isla. Con sus restos se construyó un fuerte, quedando en él treinta y nueve hombres, pues no podían caber todos en la Niña -la Pinta se había alejado con Martín Alonso- y a Colón le urgía, como es natural, volver a España a dar cuenta de su viaje.

Emprendió el regreso (4 enero 1493). A los dos días de partir encontró a la Pinta pero no volvió a recoger a las gentes del fuerte. Cuando al año siguiente retornó a la "Española", hallóle demolido y los hombres muertos. Eran los precursores, ¡cuántos les seguirían!: tuvieron que dejar muchos los huesos por allá para que América fuese española y hablase español. Siguieron las naves su viaje de retorno; una terrible borrasca las separó. Martín Alonso llegó de un tirón con su nave a Bayona de Galicia. De allí, costeando Portugal, a Palos de Moguer. El Almirante, tras parar en Santa María -una de las Azores-, entró en Cascaes, en la desembocadura del Tajo. El rey de Portugal le recibió amablemente, y Colón reanudó su navegación llegando al puerto de partida el 15 de marzo, por la mañana. A la tarde arribó Martín Alonso; venía enfermo, poco después moría.

## 7. MENTE CLARA y CORAZÓN GENEROSO

Colón fué por tierra a Barcelona, donde estaban los Reyes, atravesando toda España; le recibieron con grandes honores y le confirmaron en todos sus títulos y prerrogativas. Pero Isabel se dió en seguida cuenta con su fina inteligencia de dos cosas: una de la escasa capacidad náutica del Almirante y otra -a través de sus fantásticos relatos- de que en aquellas tierras tan fértiles el oro verdadero era su cultivo. Esto no son quimeras ni hablar por hablar. En el segundo viaje le agregó un buen cosmógrafo -su "descubridor", Fray Antonio de Marchena- y a mayor abundamiento Juan de La Cosa, que levantó el mapa de las tierras descubiertas, precaución elemental que Colón, aunque parezca mentira, había descuidado tomar. Y embarcó en la flota -además de los guerreros y los misioneros, gran número de artesanos con sus herramientas y labradores con simientes y plantas de árboles, y parejas de los animales domésticos de España. (Parece cuento y no lo es: el café, la caña de azúcar y los plátanos fueron de España a América.)

Más hizo aún la Reina: decretar libres a los indios -contra la opinión del Almirante-, considerándoles como súbditos suyos, con iguales franquezas que los de Castilla, y tanto extremó su celo, que hizo volver a su tierra a los indios vendidos en Sevilla por Colón a la vuelta de uno de sus viajes.

Todas nuestras magnánimas Leyes de Indias nacen de este noble deseo: quiso, sí, ganar sus almas para Dios, pero no sus cuerpos para los hombres. De común acuerdo le ocultaron todos -según cuenta el Padre Las Casas- las crueldades y violencias de la conquista, e ignorándolas murió nuestra más grande Reina, que aun en su testamento le recuerda y manda a su hija y sucesora doña Juana "que no reciban agravio alguno en sus personas o bienes" y "que sean bien y justamente tratados".

## CAPITULO X

### Vida Familiar de Isabel

#### 1. LA GAVILLA HEROICA

Con el descubrimiento de América ciérrase en la presente biografía la vida pública de la Reina para poder ocuparse algo en su vida familiar, íntima. No implica

ello -de ningún modo- negar importancia a otros sucesos de su reinado: la reforma religiosa, tan sagazmente llevada a feliz término por ella y por Cisneros; las guerras de Italia, que colocaron a nuestro país en primera fila entre los europeos, y durante los cuales, en agradecimiento a la pacificación de los Estados pontificios, realizada por Gonzalo de Córdoba y sus tropas, dióles Alejandro VI el título de "Católicos" con que les denomina la Historia; la rebelión de los moriscos de la Alpujarra, peleando contra los cuales murió gloriosamente el célebre don Alonso de Aguilar, y tantos y tantos sucesos que por sí solos constituirían la gloria de un reinado.

## 2. RETRATO

Era Isabel, alta, bien colorida, de porte majestuoso. Tenía los ojos claros - entre verdes y azules- de mirar muy gracioso y honesto y el pelo rubio, que con los años se le fué oscureciendo hasta volverse casi negro, cual aparece en el retrato que regaló a la Cartuja de Miraflores, hoy en el antiguo Palacio Real de Madrid.

Los escritores de entonces no se cansan de ponderar su hermosura que - según ellos - no hallaba rival en mujer alguna de su tiempo. A pesar de los enormes trabajos y sufrimientos que padeciera, conservó hasta muy próxima a la muerte una gran juventud, aparentando muchos menos años de los que en realidad tenía.

Y su hermosura moral era aún superior a la de su cuerpo; era afable y llana con todos; de una generosidad inagotable; sinceramente religiosa y recatada; de ánimo noble y alto, jamás abatido en la desgracia, y de una tal confianza en sí, que arrostraba impávida los mayores peligros; virtud varonil ésta, atenuada por una inmensa piedad y un corazón sensible a todos los dolores.

Su inteligencia era vivísima: en plena juventud, agobiada de negocios y quehaceres, aprendió el latín, de suerte que no sólo entendía los discursos de los embajadores, sino que también podía traducir con soltura cualquier obra escrita en aquella lengua, la cual pronunciaba con tanto primor, que si erraba un acento, luego le corregía.

El inventario de sus libros nos muestra un compendio de los conocimientos de entonces: clásicos griegos y latinos, Santos Padres, libros de Mística, de Filosofía, de leyes, y una gavilla de cancioneros, pues era muy dada a la Poesía y a la Música, y cantaba con hermosa voz.

Amaba con pasión los perfumes, las joyas, las galas, las sedas y brocados de plata y oro, pero de todo sabía desprenderse cuando era necesario o convenía dar ejemplo, porque era superior a todo.

Siguiendo sus huellas, no sólo las damas nobles, sino también los nobles señores emprendieron gustosos la senda de las letras. Nuestra Salamanca fué un plantel de estudiantes entre los que se contaban los vástagos de las familias más aristocráticas, ~ a tal extremo llegó esto, que se tenía por hombre despreciable al caballero que no gustaba del estudio. Un personaje de entonces -el protonotario Lucena- lo dijo en pocas palabras: "Jugaba el Rey (Enrique IV), éramos todos tahures; estudia la Reina, todos somos estudiantes."

## 3. LOS HIJOS

Cinco hijos tuvo: cuatro hembras y un varón. La primogénita fué Isabel, nacida en Dueñas (Palencia) en 1470; el segundo, Juan (1478), sevillano; la tercera, Juana (1479), la que después reinó, de Toledo; la cuarta, María (1482), cordobesa, y la quinta, Catalina (1485), de Alcalá de Henares.

A todos les educó con gran esmero, pero en particular al Príncipe. Pasma ver los cuidados y refinamientos de que le rodeó: en el "Libro de la Cámara Real del Príncipe Don Juan, escrito por Fernández de Oviedo, puede seguirse paso a paso su vida. No sólo cuidaba de su instrucción en ciencias y artes -llegó don Juan, no obstante haber muerto a los diecinueve años, a ser buen latino y excelente músico- y de que se ayezase a los ejercicios propios del caballero -equitación y jugar diestramente las armas- sino de los pormenores más nimios de su cámara: de los perfumes -no debían faltar nunca estoraque, benjuí, almizcle, algalia, incienso, tortas de rosas, agua de azahar, de ángeles, de trébol-, de las golosinas, de la vajilla de plata, de la calidad de la lencería, de la bujía que debía arder toda la noche en la alcoba en que dormía, con la espada desnuda en la cabecera del lecho...

Todo se malogró; a pocos meses de casado con la archiduquesa Margarita de Austria -hermana de Felipe el Hermoso- moría en Salamanca. Está enterrado en Santo Tomás de Avila en un rico sepulcro obra de Dominico Fancelli.

Las hijas fueron de las princesas más cultivadas de su tiempo; Alejandro Geraldino, humanista italiano -el primero que coleccionó en España antigüedades clásicas- fué el maestro de Isabel, la primogénita, que por su parecido con su abuela Isabel de Portugal, llamábala la gran Reina "mi madre".

Juana, apellidada también por ella "mi suegra", por semejarse a doña Juana Enríquez, madre de don Fernando" manejaba con tanta soltura el idioma latino, que improvisaba en él discursos para responder a los embajadores, y Catalina mereció los elogios de Erasmo y Luis Vives, por sus conocimientos de Humanidades y de la Sagrada Escritura, casi únicos entre las mujeres de su tiempo.

Mala suerte familiar tuvieron los Reyes. La princesa Isabel casó en Sevilla (1490) con Alfonso, heredero de Portugal; hubo fiestas fastuosas durante quince días para solemnizar el suceso que reconciliaba definitivamente las dos Coronas peninsulares. Poco duró la alegría: unos meses después moría el Príncipe de una caída de caballo.

Tras muchas vacilaciones, contrajo matrimonio (1497) con don Manuel, rey de Portugal -primo de su anterior esposo-, y aun duraban las fiestas de la boda cuando murió su hermano el príncipe don Juan.

Vióse, pues, Reina consorte portuguesa y Princesa heredera de Castilla, y en 1498 murió al dar a luz aun niño, don Miguel de la Paz, en quien recayeron todas las Coronas ibéricas, y que falleció en Granada a los pocos meses.

Por demasiado conocidas se omiten aquí las desventuras de la reina doña Juana, que vivió casi cincuenta años en un estado que oscilaba entre la inconsciencia y la locura, recluída en la fortaleza de Tordesillas.

Catalina, casada con Arturo, príncipe de Gales (1501), enviudó sin llegar al año. En 1509 contrajo nuevas nupcias con Enrique VIII -hermano del anterior-, quien pasados algunos años la repudió, enamorado de Ana Boleyn, originando, a consecuencia de negarse el Papa a anular su matrimonio con Catalina, el cisma de Inglaterra.

Sólo una de sus hijas puede decirse tuvo suerte -si bien murió joven: a los treinta y cinco años-, doña María: casó con su cuñado don Manuel de Portugal (1500), llamado con razón "el Venturoso"; su corte, enriquecida con las conquistas y descubrimientos lusitanos en las Indias Orientales, era quizá la más fastuosa y alegre de Europa. De este matrimonio nacieron numerosos hijos: uno de ellos fué la emperatriz Isabel, casa con Carlos V.



## CAPÍTULO XI

### La Muerte

#### 1. LA ENFERMEDAD y EL FIN

Tan seguidas desgracias quebrantaron el ánimo de la Reina. Veía precederla en la muerte seres queridos a los que auguraba vida larga y dichosa, y veía también desmoronarse su obra, pues no se le ocultaba que su nieto don Carlos -educado en una Corte de usos tan opuestos a los nuestros como la de los duques de Borgoña- no era el Rey que convenía a España. y acertó, como siempre; Carlos V fué - mirando al fondo de las cosas- extranjero, extraño aquí: desvió hacia Centroeuropa las claras rutas de la política nacional, la expansión mediterránea de la Corona aragonesa y la dominación del Norte de Africa y asimilación de América, metas de la castellana. (Y dominándolo todo, un gesto de ingratitud, de desconsideración, hacia su madre, hacia Cisneros, hacia sus pueblos, y hasta hacia sus mismos abuelos a quienes lo debía todo, haciendo erigir en la Capilla Real de Granada la tumba de sus padres -la reina loca y el rey don lindo -un pie más alta que la de los gloriosos monarcas.)

Una vez que el ánimo decae, el cuerpo no es nada. La Reina pasó de Segovia a Medina del Campo, a consolar a su hija doña Juana, ya con manifiestos síntomas de locura, que, obstinábase en marchar a Flandes a reunirse su esposo, y los padres se oponían, temerosos de que se agravara aún más su estado. Al fin partió (1 marzo 1504) e Isabel continuó en el viejo castillo de la Mota.

El 26 de julio enfermaron a la vez los dos Reyes; Fernando se repuso, pero ella no, iba un día mal y otro peor. Tres meses largos duró su dolencia. En todo el Reino se hacían rogativas por su salud corporal; ella dejaba hacer, pero no se engañaba; comprendió bien que se moría, y mandó cesasen de pedir por su cuerpo y empezaran a rezar por su alma.

Demandó los Sacramentos. Dictó (12 octubre) al notario Gaspar de Gricio - hermano de su amiga Beatriz Galindo, "la Latina"- un testamento "tan ordenado y maravilloso, que casi divino se puede decir", y aun tuvo ánimo y gusto para encargar a Fray Ambrosio Montesino unos versos piadosos.

Pasaban los días, tristes días del otoño de Castilla, donde por Todos los Santos ya está la nieve en los campos; el cierzo -el terrible Nordeste- aullaba en los torreones de la Mota como un can que presiente la muerte. No tardó en venir. La Reina aun levantó la cabeza: el 19 de noviembre dictó su codicilo. A la semana, el 26, entre las once y las doce del día -más cerca de las doce- entregó a Dios el alma.

#### 2. EL SEPELIO

Mandó la amortajasen con hábito franciscano y que la enterraran "en una sepultura baxa que no tenga bulto alguno, salvo una losa baxa en el suelo, llana, con letras esculpidas en ella", en el monasterio de San Francisco de la Alhambra; que no la pusiesen luto y que sus exequias fuesen sencillas, empleando lo que se había de gastar por ambos conceptos en vestir a doscientos pobres; mandó asimismo redimir doscientos cautivos :necesitados que estuviesen en poder de infieles, y vender los bienes de su recámara para pagar sus deudas.

Todo se cumplió como ella dijo. Hacia Granada, hacia aquella tierra que había ganado con muchos trabajos, peregrinó su cuerpo, a hombros de seis labradores, bajo un cielo lluvioso y un suelo lleno de lodos. En Toledo detúvose una

noche en San Juan de los Reyes, y luego, por Manzanares, Barcas de Espeluy, Jaén y Torre-Campo, llegó a Granada.

Allí quería yacer, pero con una reserva: si don Fernando elegía en otro lugar su sepultura, debían trasladarse sus restos "junto con el cuerpo de su señoría, porque el ayuntamiento que tovimos viviendo y que nuestras almas espero en la misericordia de Dios ternán en el Cielo lo tengan e representen nuestros cuerpos en el suelo".

Y así fué: cuando enterraron al Rey Católico en la Capilla Real de la seo granadina (1522) llevaron a su lado los restos de Isabel.

---

SANTA MARINA, LUYS, ***Vida de Isabel la Católica,***

I.G. SEIX Y BARRAL HNOS., "Vidas de Mujeres Ilustres" Barcelona, 1931